

ZAPPINGS

ESTUDIOS DE COMUNICACIÓN SOCIAL

Carlos Faig



Ricardo Vergara
Ediciones

Para decirlo con una imagen: están en una pileta y él la toca, encuentra su humedad.

Entre tanto, hablan de la inundación de Berlín en los *Recuerdos de infancia* de Walter Benjamin.

Del otro lado, las cosas que ya no se cuentan en análisis, allí donde los efectos de la Red fragmentan la vida porteña.

El intervalo del zapping duplica la función de la libertad: el sexo, la no-relación

CARLOS FAIG

ZAPPINGS

ESTUDIOS DE COMUNICACIÓN SOCIAL

Ricardo Vergara

Ediciones

Faig, Carlos
Zappings : estudios de comunicación social . - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : RV Ediciones, 2013.
100 p. ; 200x140 cm.
ISBN 978-987-3630-05-7
1. Psicoanálisis.
CDD 150.195
Fecha de catalogación: 14/11/2013

Coordinación Gráfica: Ricardo Vergara
Te: 011- 4901-2300 y 156-231-2760
email: vergaralibros@yahoo.com.ar
Facebook: Ricardo Vergara Ediciones
Buenos Aires, República Argentina

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina - Printed in Argentina

Todos los derechos reservados.
® Ricardo Vergara, Ediciones
® Carlos Faig

Impreso en Buenos Aires en el mes de noviembre de 2013
La Imprenta Ya, Florida, Prov. de Buenos Aires

A mi hija, Julieta

Indice

<i>Zapping I</i>	
El Uno y la serie	9
<i>Zapping II</i>	
Varios y el chat	20
<i>Zapping III</i>	
A George Steiner	39
<i>Zapping IV</i>	
Medios, formas del sin sentido y sustracción	58
<i>Zapping V</i>	
Sobre la porosidad	68
<i>Zapping VI</i>	
Nuevos flaneurs	74
<i>Zapping VII</i>	
Observaciones sobre viejas y nuevas sexualidades	83

La serie de los *Zappings* fue publicada por elsigma.com, sitio al que agradecemos especialmente, en la sección *Subjetividad y Medios*: *Zapping I*: 12/11/2008; *Zapping II*: 21/1/2009; *Zapping III*: 25/3/2009; *Zapping IV*: 25/3/2010; *Zapping V*: 10/2/2010; *Zapping VI*: 9/4/2011; *Zapping VII* (1a. parte): 6/6/2011; *Zapping VII* (2a. parte): 13/6/11.

Zapping I

El Uno y la serie

El libro. Se conoce la importancia y la influencia que tuvo el descubrimiento de América entre los utopistas de los siglos XVI y XVII. El tema del buen salvaje es un lugar común en esos siglos y abunda en la literatura de la época. Un siglo después, en el XVIII, el modelo jesuítico de las reducciones indígenas del Paraguay (la Provincia Jesuítica del Paraguay, fundada en 1609)² adquiere en Francia un notable prestigio ideológico. Voltaire y Montesquieu las tienen por comunidades ideales, son citadas también por José de Maistre, por la *Gazette Universelle*. Son los medios gráficos, libros y gacetas, los que reproducen esta información e influyen en la opinión (particularmente, en la ilustrada), en lo que hoy se llama “el imaginario colectivo”¹. El Paraguay provee así la inesperada bisagra que articula cuatro siglos de utopía y los preliminares de la Revolución Francesa. Podría sostenerse, en general, que todas las utopías han tenido como vehículo al libro. La ciudad utópica –desde *La República* de Platón, pasando por la Ciudad del Sol, en *Océana*, la abadía de Theleme, imaginada por Rabelais en *Gargantúa y Pantagruel*, *La nueva Atlántida* de Francis Bacon, hasta aquellas descritas en los sistemas previos a los filósofos del socialismo utópico, o incluso hasta el *Mundo*

Feliz de Aldous Huxley – se transcribe en textos. Otro ejemplo en esta órbita –o si se prefiere, un contraejemplo– lo constituye el marqués de Sade. Contemporáneo de la revolución de 1789, Sade propuso en sus textos, sin aspirar a éxito ninguno en tanmaña empresa y sin obtenerlo, una construcción utópica³.

La tele cartesiana. Una segunda cuestión que deseamos señalar –sólo como una curiosidad y sin pretender extraer ninguna consecuencia nefasta sobre el medio de comunicación en cuestión–, se atiene a la concomitancia del surgimiento del nazismo y la primera emisión de televisión. El medio de comunicación de masas privilegiado comienza a ser otro. Ya había empezado a cambiar sustancialmente con la aparición poco tiempo antes de la radio. Durante la Olimpiada de Berlín de 1936, tan recordada, se efectúa la primera salida al aire de la televisión. El ascenso del fascismo, se sabe, forma parte de la más audaz afirmación de Lacan en el terreno de la política. Es cierto que esta afirmación no se liga directamente a la tecnología (a la televisión y los medios, para el caso), no obstante, remite en lo fundamental a la ciencia y la expansión de su sujeto y, entonces, de algún modo supone sus efectos y los *gadgets* que introduce. *Proposición*, por ejemplo y entre otros textos que podrían citarse, vaticina que el holocausto de la Segunda Guerra Mundial fue sólo una muestra de lo que vendrá⁴. La argumentación de Lacan a propósito del lazo concentracionario, la universalización del sujeto cartesiano, parece, globalización mediante, contundente. Al contrario de lo que ocurrió con Marx, su única “profecía” está en vías de cumplirse⁵.

Picture in picture. Hasta aquí no se trataría más que de dos

datos curiosos de la historia, aunque hablan por sí mismos del alcance de los medios, de su poder. Pero el hecho de pescarlos juntos, como diría Freud, nos permite introducir una comparación entre sus contenidos –colgarlos juntos– y una suerte de corrección. En términos generales, se acepta y se supone que el holocausto, el genocidio, se opone a la humanidad. Si hay que buscar el antónimo de “holocausto” surgen los términos siguientes: civilización, cultura, hombre, razón. No obstante, si se mira con más atención se advierte que, a pesar de que el holocausto se halle siempre negado y no se asuma en ningún caso, es relativamente coextensivo de la civilización humana y se lo encuentra continuamente operando, aunque en ciertos períodos históricos actúe de forma latente. El holocausto se extiende a la par de nuestra memoria escrita: desde antiguos genocidios relatados en La Biblia hasta nuestros días. Y para sólo nombrar algunos relativamente recientes: el genocidio de los cátaros en Carcasona, la conquista de América (dos o trescientos millones de indígenas murieron), la Inquisición, el tráfico de esclavos negros (se estima la misma cifra), etc. Quizá sería preferible buscar otro término de oposición, un antónimo diferente. Y el que viene en socorro, como anticipamos, es el término “utopía”.

Justifiquemos, entonces, la comparación, por parcial y discutible que sea. Mientras que el holocausto destruye, la utopía construye (mayormente, pretende construir; y algunas utopías se ven realizadas). El espacio del holocausto y el genocidio ya está allí, existe como tal en su aspecto positivo, fáctico; en cambio, la utopía, como su nombre lo dice, presenta un lugar sin lugar, todavía inexistente. El genocidio aísla, identifica y encierra, aniquila; en la utopía se trata de una extracción, de una

liberación. Toda una sociedad, un orden jurídico y económico, podría ser otra. Estos términos se oponen, además, como la muerte y la vida. Mientras que el holocausto asesina, la utopía propone una vida nueva. El holocausto es real, la utopía virtual. El rasgo en el holocausto es personal (racial, ideológico, etc.); en la utopía es social (es un lazo en un sentido incluso religioso: *religare*). Un movimiento es centrípeto, el otro centrífugo. Uno perfora el grupo social, aniquila un grupo humano, pero con vistas a quedarse donde está; el otro extrae una parte de la población y la conduce a otro lugar (virtual o, contadas veces, real). De un lado, tenemos un agujero que se traga a la gente; del otro, gente en el aire (sin nación): los ciudadanos utópicos. Mientras uno elimina a la persona física, el otro elimina a la persona jurídica y la recrea. El genocidio se enraíza en un más acá (del hombre, de la especie); la utopía quisiera enraizarse en un más allá que ha estado siempre presente en la historia humana. Este más allá es, quizás, el que nos lleva a creer que la civilización y la cultura son otra cosa que lo que son. Y si es así, se lo intuye, holocausto y utopía concurren en un punto muy preciso... Donde la pantalla muestra dos señales simultáneas.

El teatro. Sorprendentemente, y de seguro por buenas razones, el teatro no figura en la Wikipedia –en Internet, actualmente emblemático– entre los medios de comunicación de masas. ¿Por qué no se lo cataloga así? A poco de reflexionar, se nota que esto no se debe a que sea una actividad (por no decir un medio) en retroceso, que se ha reducido en cuanto a la participación pública. Además, esto no ocurre en las grandes capitales del mundo, como tampoco en Buenos Aires. (¿Qué dirían los griegos ante esta clasificación de los *mass media*? En la Grecia

antigua el teatro tenía una función de comunicación social de la que hoy carece, y que resulta evidente.)

El cine, y con él el teatro filmado, forman parte de los medios. Otro tanto ocurre con el texto teatral, y asimismo con su lectura radial. En el teatro ambos polos, emisor y receptor, la obra y el público, están presentes. La relación interpersonal que se establece impide clasificarlos entre los medios de comunicación. La presencia no resulta eliminable. El mismo caso se da con la enseñanza en todos sus niveles: no forma parte de los medios. Pero por Internet o televisión, una clase filmada y reproducida, que no comporta la presencia de los participantes, se vuelve mediática.

La correspondencia privada es otro ejemplo. Las personas no están presentes, y esto la particulariza y acerca a los medios. Pero el carácter privado del intercambio descarta lo masivo. Con posterioridad la correspondencia puede producir un libro. Las cartas se publican, y hasta se constituye con esto un género literario. El psicoanálisis, ahora lo vemos, no será nunca masivo, mediático. Aunque cuente con millones de aficionados, comporta la presencia de los dos participantes.

Cada vez más virtuales, los *mass media* se dirigen a una audiencia reducida al mercado, es decir, ante todo a un lugar vacío, una abstracción. Aun admitiendo en los medios una cierta neutralidad, debe reconocerse que pueden proveer fácilmente de su dispositivo, prestarlo. Debería sorprender y ser objeto de reflexión que esto ocurra con relativa facilidad, casi naturalmente, sin despertar protestas.

A los gritos. ¿Por qué vemos por televisión gente gritando su desesperación, todo tipo de reclamos, frente a una cámara?

La falta de representación política, la destrucción del sistema jurídico argentino, hacen que la calle movilice consignas y demandas: la vía es la vía. Por la misma razón, creo, existen los cacerolazos, los piquetes. Los canales adecuados para una demanda casi no existen, o, al menos, existen de modo meramente formal. Una larga tarea de destrucción institucional produjo este hecho. La gente, gritando frente a la televisión, se propone –se ve obligada, en verdad– agujerear lo real. Se presenta a los gritos, intentando hacerse lugar, que se haga lugar.

Supongamos un agujero que se produce en dos marcas (para ser más precisos: dos marcas superpuestas; luego, una marca) y que a la vez produce dos marcas. Llamémosle real a ese agujero y a la marca “sujeto y Otro”⁶ (el deseo y la representación; el cuerpo y la lengua; si se quiere, en otro nivel de análisis, el yo y el otro). Con la “integración” de lo real (lo sexual, la no-relación) en las marcas, y habida cuenta de que no tiene una subsistencia independiente de ellas, la desaparición de una de las marcas, la que hace al sujeto, es decir, cuando la falta recae sobre S, reaparece en el límite como devoración, y más comúnmente como restitución de una marca corporal (desde el *piercing*, el tatuaje, hasta la mutilación). Si, en cambio, falta el otro polo, la A, asistimos a fenómenos que pueden conducir al asesinato y que pasan por todos los escalones de la violencia social⁷. (Uno de los casos, con frecuencia difundido por los medios, consiste en “marcar” a la maestra.) Se reconocerá el parentesco de esta estructura con el cuerpo fragmentado de un lado y la imagen unificada del otro: lo real y lo virtual. Pero los valores del espejo están trastocados y aun conservando su distancia se homogenizan. La imagen deviene real, ajena, las marcas que porta el otro no son reconocibles y resultan amena-

zantes; el cuerpo propio se hace virtual (de allí la mutilación, el sacrificio).

Aceptemos que lo real se determina en la marca⁸ y volvamos al grito. Ante la falta de representación política⁹ (en su aspecto más amplio y también en su faceta restringida, la que vivimos diariamente: la corporación política, el “reflejo corporativo”), el sujeto perfora al Otro. Intenta producir una marca en el Otro, hasta allí sino completo, al menos ajeno al asunto, no concernido.

“La gente de la Sociedad...” Deja caer un “villero”, tomándose las manos.

La prensa amarilla. Existen hechos que siguen una concatenación histórica, que pueden perseguirse dialécticamente, que giran entre la izquierda y la derecha. Hay una historia. Pero asimismo ciertos acontecimientos se encuadran en el terreno del escándalo. Se trata de *affaires*, en el doble sentido de “asuntos” y “escándalos”. Lacan sostenía que con ese encuadre, cuando un hecho se clasifica como un *affaire*, ya no se lo puede leer¹⁰. El ejemplo que provee es el *affaire Dreyfus*. ¿Qué es lo que no pudo, en aquella época, extraerse como consecuencia de él? Sin duda, algo que no estaba antes de que el escándalo se produjera: la ineptitud del alto mando francés, que va a ser renovado poco tiempo después. El caso Dreyfus produce una limpieza. Dejemos aquí de lado la diferencia entre historia y dialéctica por un lado, y sincronía por otro. Señalemos únicamente que la referencia a la sincronía se hace necesaria para situar el sitio de la falta que va a producirse.

El *affaire* rompe la ilación dialéctica, sale de cuadro en la narración histórica. Por eso se lo encasilla como “asunto”. Se

le supone un acto libre por detrás. Alguien que actúa saliéndose de los códigos, y hace gala de su libre albedrío o su locura. El problema se encuadra claramente pues del lado de la subjetividad.

¿Cómo intervienen los medios de comunicación? Transforman el *affaire* en cosa pública. Particularmente entre nosotros, en Argentina, el asunto se psicologiza. Se presta enseguida a todo tipo de suposiciones.

La prensa amarilla, en este sentido y esta vía, es “funcional al sistema” –como se decía años atrás y aún se dice–: la historia y la política van por otra vía. Llevando las cosas al extremo, la denuncia, en política, es, asimismo y hasta cierto punto, funcional al sistema. Al transformar una coyuntura en un escándalo, impide extraer consecuencias, producirlas, o simplemente esperarlas. Se oculta la retroacción, la aparición de algo que no estaba, la producción (como necesidad lógica).

Un ejemplo. Cuando algún gobernante progresista de nuestra pobre Sudamérica termina denunciado por algún desfalco se desata un escándalo (convengamos que esto no ocurre mucho en Argentina, que queda excluida del ejemplo). Entonces, en ese caso, y encasillando así los hechos, no se leen las consecuencias: es probable que el mundo se dirija a una organización social y política en la que la izquierda y la derecha no existan, donde ya no haya una política progresista. No habría entonces por qué esperar peras del olmo. En cuanto se globaliza la estructura, no hay izquierda ni derecha. Y sea que se entre por la izquierda, por la derecha o por el centro, se topa con las mismas imposibilidades.

El éxito, el auge y la persistencia, de los sistemas socialdemócratas (poco afectos al amarillismo, observémoslo en su haber),

creo, obedece a estas cuestiones. No se trata sólo de que representen algo sensato y mediador o de que hayan ocupado un lugar político correcto. Están en el “centro”, pero según parece no tanto por mérito propio –y no dudo que lo tengan– como porque el lugar está vacío. No están allí sólo para sintetizar y compatibilizar la izquierda y la derecha, o para superarlas: están donde desaparecieron las otras dos.

Notas

¹. Resulta interesante precisar el origen de la expresión. Por un lado, una parte de este cuasi sintagma congelado, “el imaginario”, proviene de la teoría de los registros de Lacan. Pero también tiene resonancias un poco más lejanas en Sartre (*La imaginación, Lo imaginario*). La otra parte de la expresión, “colectivo”, también podría hallarse apadrinada por Sartre: los colectivos y lo práctico-inerte. Lacan, se recordará, influyó en Althusser y algunos de sus discípulos (Alain Badiou, Balibar, etc.), y, por allí, en el desarrollo de la teoría de la ideología, que utilizó el registro imaginario, el tema del *semblant*, etc. Pero, por otro lado muy diferente, el término viene a cubrir el descrédito en que cayó desde hace años la idea jungiana de inconsciente colectivo. Economiza, pues, la referencia a Jung –entre nosotros, lacanianos como somos, impresentable–, permitiendo a la vez mantener la idea de forma implícita. La *doxa* nunca abandonó por completo la creencia en la existencia de un inconsciente colectivo: es el objeto que resuena cuando se invoca a la opinión pública. Asimismo, sospecho que el grupo *Tel Quel* (piénsese en la “intertextualidad”) tuvo alguna influencia en la construcción de esta expresión *light*. De uso diario y multidisciplinaria, verdadero comodín, ya encontrará quien le dé su merecido.

². Cf. Jean Servier, *Historia de la utopía*, Monte Ávila, Caracas, 1969, p. 149.

³. Tal construcción se halla en la llamada República sadiana, en particular; asimismo, en la descripción de los conventos amurallados, habitados por seres hermanados en sus prácticas religiosamente execrables y rigurosamente

libidinales. La obra de Sade se ajusta bastante bien a la tradición de la obra utópica: un espacio cerrado y ajeno al mundo, carencia de figura paterna, el problema del incesto cada tanto en primer plano, el adoctrinamiento de la víctima y del lector ávido. Y si Sade pertenece a la tradición utópica, se podría afirmar, exagerando un poco, que es la última y tardía obra de esta corriente.

⁴ J. Lacan, *Proposition du 9 octobre 1967 sur le psychanalyste de l'École, Scilicet* nº 1, Seuil, París, 1968, p. 29.

⁵ Pensemos en los genocidios posteriores (o conocidos en su magnitud más o menos con posterioridad) a la muerte de Lacan: Camboya (Pol Pot, 1975-1979, mueren 3.500.000 personas, la tercera parte de la población); Ruan-da (Tutsis contra Hutz moderados, 1994, mueren 800.000 personas); los Balcanes; los Kurdos (acuerdo Teherán/Bagdad y primera ocasión en que se utilizan armas químicas contra una población civil); otros genocidios de diversa proporción: Nueva Zelanda, el Líbano, India, Sri Lanka (tamiles contra singeses), Nigeria; en Argentina (para citar sólo dos: golpe militar de 1976, y, asimismo, el gran número de ex combatientes de Malvinas que se han suicidado); la reserva indígena de EE.UU. utilizada como laboratorio de experimentación de la sifilis y llevada hasta la PGP; etc.

⁶ En los desarrollos más antiguos de Lacan éste era el espacio de la Cosa. El sujeto y el Otro se cortaban sobre su fondo. Cf., por ejemplo, *Kant con Sade, Écrits*, Seuil, París, 1966.

⁷ Esta estructura –hace a la ilación de la enseñanza de Lacan– va desde los grafos hasta los nudos. Queda supuesta, y retomada al revés, en la teoría del final del análisis (donde las marcas se desatan implicando al objeto en el movimiento). Si nos atenemos al nudo vemos –allí se anudan el cuerpo, el lenguaje y lo real– que comporta una estructura simplificada de todo el desarrollo del Seminario. En los grafos se trata de un irrepresentable, un agujero, que se abre en las identificaciones imaginarias que acompañan al recruzamiento de las líneas principales. Así, en el piso superior encontramos a la relación entre fantasma y deseo acompañando el agujero de la representación, y en el inferior la relación entre el *moi* y la imagen especular. La marca se traslada, si leemos el grafo de arriba hacia abajo, desde la zona erógena (marca corporal), pasando por el sujeto, el nombre propio (en otros desarrollos), las identificaciones, el Ideal, e incluso podría agregarse al superyó (que pone

sus propias marcas a través de la culpa, y representaciones diversas de la castración) hasta el yo. No obstante, en el grafo hay líneas plenas y quebradas, muestra demasiados objetos, y, en general, su concepto es difícil de asir en su desarrollo en el Seminario y en *Subversión del sujeto*. Tiene muchas vueltas, para decirlo directamente. El nudo es más simple: dice lo que hay que decir sin mucha dilación.

⁸ De allí que el pensamiento de Lacan en este punto se halle cerca de Poincaré: las leyes físicas para este autor no son inmutables. Cf. Henri Poincaré, *L'évolution des lois*, en *Dernières pensées*, Flammarion, París, 1963, pp. 48-67.

⁹ Lacan señaló la vinculación de la política con la metafísica (que no se ocupa de otra cosa que de llenar el agujero político), y especialmente con la filosofía nominalista inglesa (cf. seminario XV, *L'acte psychanalytique*, lección del 7 de febrero de 1968, inédito). Se trata de Thomas Hobbes y John Locke, aunque Lacan no los cite. Estos filósofos se hallan en los fundamentos de la concepción del Estado en Occidente (tanto como Jean-Jacques Rousseau). Se deduce, entonces, que Guillermo d'Occam sigue estando entre nosotros, y que los sistemas representativos (parlamentarios, presidencialistas, etc.) se basan todavía hoy en una teoría del signo y una síntesis entre Universal y Particular muy precarias.

¹⁰ J. Lacan, Lettres de l'École freudienne de Paris nº 7, *En guise de conclusión*, París, 1968, publicación interna de la EFP, p. 162.

Zapping II

Varios y el chat

Música electrónica. Creamfield. Comencemos por una cuestión de clasificación: ¿la música electrónica que se pasa en una discoteca forma parte de los medios? Si fueran temas comunes los que se tocan, no cabría duda. Uno de los polos estaría ausente. Si se pasan hits, interpretaciones de grupos más o menos conocidos y reconocibles, los artistas están ausentes. Y en tal caso se trataría sin más vueltas de un fenómeno de comunicación de masas. Pero quizás la pregunta podría desplazarse al contenido: ¿la música transmite información? En general, este no parece el caso; en especial, en cuanto se trata de música disco. Tampoco está destinada en principio a formar opinión. Es el único aspecto por donde podría discutirse la pertenencia de la música de una disco a los medios. Otro es el caso cuando se trata de un disc jockey que toca música. Desde los años '80 asistimos a un fenómeno que puso a los Djs en primer plano. Estos no son solo quienes seleccionan la música: intervienen directamente sobre los temas. Hacen un *mixer* de un tema, un *wasshup* de varios, combinan bases rítmicas, etc. Ahora bien, en el caso de que un Dj con esa capacidad y ese talento esté tocando en una disco, presente, ¿se trata de un hecho mediático? Inicialmente deberíamos inclinarnos por la negativa puesto que los dos polos están presentes, el público de la disco y el Dj. Sin embargo, el Dj trabaja sobre “una materia ya obrada”, como se

decía hace unos años, y la retransmite transformada, elaborada. En este caso, un plano de la actividad sería mediática. Es difícil pues decidir de qué se trata. De cualquier manera que sea, señalemos que en los últimos veinte años se ha pasado del *hit al trip*. Hasta los años '80 el público de las discotecas reconocía una buena parte de los temas que se pasaban durante la noche. Hoy para reconocer los temas que toca el Dj hay que ser un especialista, y aun en ese caso es difícil. La noche musical deviene continua. Es lo que se llama con toda propiedad "marcha". Los cortes entre un tema y otro tienden a desaparecer. Y esto constituye un fenómeno de estructura, asimilable a los ejes sintagmático y paradigmático, a sincronía y diacronía (sin forzar mucho las cosas). Otro caso llamativo, y que va en la misma dirección que el anterior, se presenta con el *scratch*. La técnica de mover el vinilo bajo la púa, de tocarlo, limita también con la sincronía. El límite del *scratching*, para ir al punto directamente, es que el tema vocal devenga instrumental. El exceso de manipulación del disco elimina la melodía y luego la voz. Así, en un caso tenemos un déficit metonímico (cuando se pasa del hit al trip¹) y en otro un déficit metafórico (el tema musical pierde sus características propias en el *scratch*). Las afasias, según el análisis clásico de Jakobson, hallan su correlato –por supuesto, no se trata más que de un isomorfismo– en la evolución de las discos y la música electrónica. Para decirlo en otros términos, y como indica nuestro título, nos hallamos ante fenómenos que hacen al uno y la serie.

Ir a bailar es una historia y un hecho de estructura.

Los años de Marx y el cine. Permitásenos recordar, para introducirnos en tema, dos objeciones extrínsecas que sufrió la

obra de Marx. Karl Popper objetó que el modelo que se halla en la base de la teoría marxista resulta calcado de las grandes fábricas de vapor; Marx comenzó por el análisis de la producción en la manufactura y luego siguió, en efecto, por aquellas. Estas fábricas cada vez emplearían más obreros, al igual que el ejército (en este caso, obviamente, por otras razones), lo que haría incontrolable su manejo. Y esto, por supuesto que se lo ha supuesto, conduciría a la revolución social. Grandes grupos humanos defendiendo un sistema contrario a sus intereses de clase, o empleados en la producción, son una contradicción en sí mismos; resultan “trabajados” por la contradicción. Pero el motor a vapor no evolucionó en la dirección que Marx y el mundo de su época preveían. Esta objeción se ve matizada por otros hechos que no son menores. Por ejemplo, a la fecha del último tomo de *El capital* la distribución no conocía la participación de los empleados en las ganancias de la empresa bajo la forma de acciones. Todo el sector intermedio de la producción, tanto como los ajenos *Lumpenen*, tienen una inscripción difícil e intereses de clase contradictorios. Para no hablar del inmenso auge que tomó el capital internacional, o la globalización.

Una segunda objeción, más técnica, ataña al cálculo de la plus valía. Nunca se consiguió establecer cuánto es lo que se sustraer al trabajador. El trabajo no pago, que define la plus valía, si vale como concepto y abstracción, no admite una cuenta exacta. Los teóricos del marxismo, que se sepa, no han aportado mucho en este punto. Y nunca se supo a ciencia cierta cuánto se le debe a la clase obrera.

Estas dos objeciones son extrínsecas, como dijimos, y hacen a la constitución del materialismo histórico como ciencia y su relación con la dialéctica. Pero se presenta todavía una tercera

cuestión, intrínseca, que es la que nos interesa en particular. Una fórmula, que no parece pasible de ser refutada y que surge en la propia obra de Marx y hasta cierto punto, por el alcance que ha tomado, cuestiona al materialismo dialéctico desde dentro de la obra. Se trata de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia. Este concepto del marxismo admite un cálculo y puede expresarse en una fórmula. El problema se plantea apenas se advierte que nos hallamos frente a un sector de la teoría que pertenece a la Razón Analítica, y no tiene que ver con ninguna dialéctica. En cierta forma, escapa al espíritu del marxismo. Y por eso podría decirse que constituye si no una suerte de autorrefutación, al menos, una salida hacia una vía matemática que se independiza del resto de la construcción teórica. Ha sido, parcialmente, lo que inspira a Lenin en su texto *“El imperialismo, fase superior del capitalismo”* (por lo menos tanto como *El imperialismo* de H. A. Hudson, texto de 1902). El razonamiento es simple. Si la ganancia se reinvierte, el capital se incrementa. Pero ante un mercado que es siempre de las mismas proporciones, la ganancia no varía al ritmo de la capitalización. Desde entonces el capitalismo debe ganar mercados. Y se produce su forma imperialista. La que vivimos hacia la época de Lenin.

Ahora bien, al parecer en este momento de la historia, agotada la expansión –y habiendo pasado por otras etapas del imperialismo, el neo imperialismo–, se trataría de generar mercados nuevos, inventarlos. Es posible por tanto suponer que algunas de las últimas guerras que se han librado en medio oriente no tenían únicamente como objetivo el control de la producción de petróleo, y que, como meta primaria o secundaria, derivada, se proponían una redistribución del ingreso nacional, en los

países que están afectados a esas guerras, que crearía nuevos mercados: potenciales, y no virtuales (en el sentido de Internet, por ejemplo). Estos mercados emergerían con gran fuerza si se consigue una redistribución de la renta nacional. En cuanto esto ocurra, los medios tendrán mucho trabajo por delante.

Extrapolemos ahora el mismo tipo de razonamiento para explicar por qué razón a cierta edad los años pasan tan rápido. Hallamos aquí un efecto psicológico, una experiencia común, casi un tópico de la que mucha gente se lamenta: “¡Cómo se fue este año!” La experiencia acumulada (la reinversión del beneficio en nuestra comparación) hace que el transcurso de un año, si uno tiene veinte años sea una cosa, y si tiene cincuenta otra historia. Algo similar ocurre con el cine. ¿Por qué se va perdiendo interés en él a medida que transcurren los años? ¿Por qué la expectativa y la fascinación ya no son las mismas? En parte, además de méritos propios de la cinematografía en el asunto, esto se debe a la cantidad de films que hemos visto y acumulado, a la experiencia capitalizada y su tasa decreciente. Las películas que vemos hoy se intercalan sobre cientos de películas. Forman parte de un continuo. *Lost*, la serie de moda en este momento, podría ubicarse, para poner un ejemplo y darnos a entender, entre *El señor de las moscas* y *Los expedientes X*², entre *La isla de Gilligan* y el cine catástrofe o la ciencia ficción.

El porno y la escena primaria. Se ha escrito bastante sobre el cine porno. No obstante, nos atreveremos aquí a adelantar otra reflexión. La naturalidad con que los actores porno admiten la presencia de un tercero, el intercambio de parejas, y otras cosas de ese estilo, es asombrosa. No los afecta. Pueden estar con una, con otra; dejar a otro su lugar sin pestañear, o com-

partirlo. No tienen respecto de este punto ningún complejo. No lo manifiestan en sus actuaciones ni traslucen nada al respecto. Los actores están siempre seguros de su participación en una escena que, por principio, no los excluye. Es probable que la práctica swinger los habilite a esto, a no experimentar ningún sentimiento ni impedimento. Los celos, como tema o como conducta deslizada detrás de la actuación, casi no existen en el porno; hasta cierto punto, el coito no conoce elemento tercero (la insatisfacción, como es obvio, corre por cuenta del espectador, que se halla en otro plano). Las identificaciones que los provocan, o que conducen a situaciones de histeria, de triangulación y expulsión, no tienen casi ningún lugar. El porno, digámoslo por fin, no conoce de escena primaria. Es probable que parte de su éxito en el mercado se deba a eso mismo: economiza la escena primaria y realiza un sexo sin antepasados. Esto no significa que básicamente el porno no constituya un producto de excitación sexual y forme parte de un movimiento más vasto por donde la sexualidad resulta alcanzada en su valor de mercancía, hasta el límite de la disolución de la institución familiar (que pone, momentáneamente, freno a su expansión). Pero quizás esto solo oculte otra faz de esta industria. El porno es en cierta forma una escena primaria domesticada, manipulable, inofensiva. Es un coito sin historia, sin protopadre. Una relación sexual que no repite nada. Se repite a sí misma. Es cada vez la misma gimnasia ofrecida a la humanidad como *Ersatz* de una generación sin origen. El porno tiene pues algo del mito: transforma la serie en unidad. La linealidad deviene circular; la cadena generacional puede saltarse por un momento.

Zapping analítico. Existió una radio, como suele comentar

Antonio Carrizo, alrededor de la cual la familia se reunía. Hasta quizá fines de los '50. Era la que emitía radioteatros, las aventuras de Tom Mix, aquella en la que se reconocía la voz de Oscar Casco, del mismo Antonio Carrizo. Fue una radio en continuado, que se seguía día a día, o semana a semana. La sucedió otra que se escucha de pasada, entre una cosa y otra, en el taxi, al bajar del auto, al ir de un lado a otro (del sommier a la compu, valga el ejemplo). Propiamente la radio no se transformó en un zapping. Son los oyentes quienes han devenido discontinuos: están un momento y otro no. La emisión radial, lo que está sintonizado en el dial sigue allí. Nosotros la ubicamos como fondo de nuestra realidad. Aquella radio inicial no devino pues una radio falseada, expreso (respecto del criterio inicial, puesto que hoy como es obvio la radio es lo que es): el zapping se corrió de nuestro lado y toca a una atención dispersa. Del mismo modo y trazando un paralelo, existió un psicoanálisis que se practicaba tres o cuatro veces por semana a cincuenta minutos de sesión, y que ya no se práctica. Hoy asistimos a otra rutina analítica que está más cerca del expreso que de una transferencia densa. Y hasta es probable que muchos analistas ignoren lo que ocurre con la transferencia en aquellas condiciones de práctica intensa. La praxis analítica cambió en isomorfismo con la mutación que sufrió la radio y por supuesto la vida toda. ¿Cómo armar una cara, al estilo de Arcimboldo, si se tiene una hoja por acá, una rama por allá, y un limón por otro lado? Una sesión hoy, otra dentro de quince días. El psicoanálisis deviene así sincrónico. Las sesiones se suceden identificadas por el corte, con poco y nada de contenido, aunadas por el rasgo.

El fantasma colectivo y las calles. En cuanto a la idea de fantasma colectivo³, de la pila de cadáveres (su imagen central, el objeto mismo), que Lacan identificaba y sustituía al principio de realidad, es difícil sostener su concepto, pero asimismo es difícil dudar de su entidad. Por algún lado existe lo que este concepto describe, por complicado de situar que sea, por jungiano que parezca. Todo publicista exitoso se ha enfrentado a él: con algún jingle, alguna publicidad, “pegó” justo allí. Consignemos que este concepto es un hápax en la obra de Lacan, y que lo que está en juego, como siempre que se trata del fantasma, es el tema del nombre, del sujeto, y de su sustitución por un objeto. En este caso en particular, la pila de cadáveres responde por la ausencia de nombre que padece el sujeto colectivo (si esa expresión y su concepto existen, si esto significa algo). Y de allí entonces una conclusión apresurada: el psiquismo colectivo, el fantasma en un plano social, lo que Freud llamó psicología de las masas, es una entidad fuertemente desexualizada y por tanto temible: no está marcada, es un cuerpo compacto, sin agujeros.

Sin agujero corporal, el cuerpo de lo colectivo remite a una *multitud* que no tiene *nombre*⁴. El nombre no puede instalarse sobre ningún corte. Hay pues que adjudicarle un fantasma, *ad hoc* si se quiere, que se haga cargo de restituir aquel corte. Los cuerpos desparramados, innominados, los cuerpos pues innumerables son la imagen misma que abastece esa falta al separar el organismo y la vida. Ese *nombre*, cuando finalmente se presenta al amparo del fantasma colectivo, es *política*. Somos peronistas, izquierdistas. Somos, o más bien fuimos, gente de Mao. Kirchneristas. Y, por detrás, desfila el fantasma colectivo. Se mortifican los cuerpos (como es el caso cuando se trata del

concepto de fantasma colectivo, y como también es el caso en la política: la manipulación de grandes grupos humanos). Esta separación de la vida, que desde entonces puede intuirse como una infección, produce el corte sobre los cuerpos –por artificial que se piense ese corte–.

Pero, al revés ahora, ese dato mortal está presente por doquier en las ciudades. Las calles son un extenso cementerio nominal, que arrojan a su exterior el cementerio real, el de los cadáveres, y al que sitúan y circunscriben por sí mismas, con su trazado y sus nombres. Aunque este cementerio también tiene calles, y parámetros, dispone de sus hitos y sus avenidas, sus tiempos municipales, es una ciudad de muertos. Allí la desaparición del cuerpo se resuelve en el nombre de cada tumba.

Emparentemos ya decididamente el fantasma colectivo con los nombres de las calles⁵. Este fantasma, o su otra faz, se expanden inadvertidamente en la ciudad. El cementerio en su faceta formal e inversa. De la ciudad de muertos, en la que consiste estrictamente una necrópolis, se pasa a una ciudad de vivos, cuyas calles se designan mayoritariamente con el nombre de muertos. Los signos se invierten. El positivo de uno pasa a negativo en la otra. De un lado la vida se presenta como una infección que afecta a los cuerpos, y se separa; de otro, son los cuerpos quienes desaparecen y el nombre designa su existencia pasada. Solo restaría bautizar las sendas del cementerio con el nombre de algunos personajes actuales, vivientes (si se puede llamarles así). Y si esto no se hizo sin duda se debe al carácter transitorio de esa manifestación.

Reciclado de intelectuales de izquierda. En el estado actual de las cosas, el espectro político ha devenido un arco, casi un

círculo. Las democracias sociales, en ese sentido y situadas en aquel arco, no son las herederas de la tradición socialista europea. Al menos, no lo son del todo. Algo se corrió un poco de lugar en el siglo XX. Por mucho que intenten filiarse en relación a aquellas democracias son otra cosa. Obedecen a un proceso histórico novedoso, que ha barrido, por ejemplo, con los intelectuales al estilo de Sartre. Imaginemos, hoy, a un intelectual preocupado por su pertenencia al PC. Desgarrado por contradicciones referidas a la política exterior rusa. Sería cómico. Imaginemos asimismo a un filósofo escribiendo preocupado porque se cortó el diálogo entre EE.UU. y la URSS (o Rusia). Imaginemos, por último, a un teórico tratando de establecer los pasos que llevan del capitalismo (salvaje) al comunismo (incipiente). Imaginemos a un filósofo teorizando los pasajes entre modos de producción, en un momento en que China, después de unos años en que sopló un vientito, vuelve a sus negocios milenarios. ¿Habrá que pasar por el socialismo antes de que se instale el comunismo?

Una parte de los teóricos marxistas de los años '70 se ha “reciclado”. Y muestran lo dificultoso que es pensar fuera del Uno, sin una tradición. Hoy hay que inventar. Pero otra posibilidad es ensayar un best seller, o devenir un ensayista mediático.

La opinión y los dioses griegos. ¿Por qué la democracia no aparece directamente en el Renacimiento, y se la importa sin otra dilación de la antigua Grecia? Al menos, podría haberse rehabilitado la idea, el concepto, aunque resultara imprácticable y se asumiera que no había modo de imponerla políticamente. Las formas democráticas del Estado moderno, como es

obvio, suceden a la Revolución de 1.789. En algunos casos, habrá que esperar al siglo XX para que se instalen en ciertos países (Turquía, por ejemplo): un retardo de cinco siglos. Sin duda este hecho histórico obedece a causas múltiples.

Resulta igualmente llamativo observar que la disyunción entre saber y poder ya se había consolidado cuando la democracia se impone⁶. Y aunque cualquier historiador un poco serio podría objetarnos la relación que trazamos aquí, un tanto unilateral, no por eso deja de ser una circunstancia histórica curiosa. ¿Por qué se vuelve a la democracia cuando con el nacimiento de la Física (el tema del movimiento rectilíneo perpetuo, por ejemplo) ya no había nivel de opinión, ya no contaba para nada en muchos temas y campos? ¿Por qué se jerarquiza la opinión cuando no había forma de idealizarla ni de darle cierto status e importancia? Y esto para no hablar del sistema solar o de la ley de atracción de las masas. La Física del siglo XVII ya estaba ampliamente desarrollada cuando comienza a gestarse lo que luego se llamará “opinión pública”. La *doxa* –y su expresión en el voto– vuelve pues con la democracia. El Renacimiento, con su retorno al cuerpo, ilustra perfectamente, como se sabe y Lacan lo repetía, otra vuelta de tuerca sobre la imbecilidad humana. La aprehensión por la forma del cuerpo es compatible con un amplio espectro de opinión, con el sentido común, con lo que Lacan llamaba “el fantasma colectivo” (el principio de realidad; y todo lo que este principio implica cuando se trata de elegir a alguien como líder). Nuevamente, entonces, ¿por qué ese retardo? Quizá la respuesta se halle en el nacimiento de los medios de comunicación de masas. Y si esto es así, habría que admitir que los medios no solo forman opinión: en principio y en un principio, fueron la opinión misma, posibilitaron su

existencia. Los medios deciden sentidos: producen mundo. En un momento en que la idea de mundo está cada vez más cuestionada, los medios vehiculan y crean opinión. Si para un físico la realidad subyacente ya no tiene peso, si puede proseguir su búsqueda sin suponer ontología ninguna, los medios en cambio promueven el mundo del sentido común. Se ve entonces por dónde se resuelve la oposición que apuntamos más arriba. La doxa surge en efecto en concomitancia con la física del siglo XVII. Y a medida que se desarrolla un materialismo de la letra, una descomposición creciente del Ser, adquiere más y más importancia. Para contrarrestar un tal peso de los medios habría que instrumentar una costumbre griega –ya que estamos volviendo a ellos muy tardíamente–, a saber, todos votaban, sí, pero todos esos votos, dispuestos en una urna, no podían escapar a la voluntad de los dioses. En consecuencia y obrando de forma respetuosa y prudente, alguna virgen, quizás un efebo, extraía al azar uno de los votos, que se constituía en el candidato ganador. Era uno de un montón, y llevaba la marca del deseo de los dioses.

Ford T. Se ha dicho que la mayor competencia que conoció el Ford T fue el Ford T. Un solo modelo masivamente vendido, siempre igual, idéntico a sí mismo, no resistió su propia competencia. En parte y simplificando (abstrayendo que el modelo había quedado anticuado, la posterior crisis del '30, etc.), esto se debió a la aparición de la publicidad y su influencia en el mercado. Ford en ese momento ya no podía competir, y hasta entonces había recurrido poco y nada a la publicidad. El auto se vendía solo y hasta “lavaba platos”. Pero en cuanto Ford no tuvo otro producto que ofrecer, para adecuarse a la nueva

situación debió discontinuar la producción, cerrar su fábrica durante un año, y encarar la venta del Ford A. Los propios Ford T usados constituían una fuerte competencia, dado que durante diecinueve años (1908-1927) el modelo, como dijimos, no había cambiado. Pero, asimismo, las condiciones espartanas de diseño del auto de Ford –un minimalismo *avant la lettre*– le impedían ganar el mercado europeo, así como competir con General Motors y Chrysler. El Ford T, como se recordará, era negro porque resultaba más barato hacerlo de un solo color. “Daré a cada americano un automóvil del color que quiera, con tal de que sea negro”, decía Ford. Llegamos así al concepto de fordismo: producción en serie, industrial, es decir, cadena de montaje, y sueldos más altos (se duplican: el salario era entonces en promedio de 2,5 dólares diarios y Ford lo eleva a 5 dólares) para que el Ford T se transforme en un auto popular (como un Volkswagen si se quiere, auto del pueblo), para crear y expandir un mercado. Se recordará que la puerta del conductor estaba pintada, y su arranque a manivela. Un auto económico. En cambio, en 1928 el Ford A, el sucesor, ya “parece un auto” y tiene arranque eléctrico. La fabricación hasta ese momento, podemos aducir, era sincrónica, no hacía serie. Sumado el nuevo Ford a la competencia, el mercado automotor deriva decididamente a la serie, a la diacronía. La publicidad y el avance de los medios nos han beneficiado, hoy podemos decirlo y sentirnos orgullosos, con cientos y miles de modelos de automóviles.

Breves apuntes para un psicoanálisis del chat. El chat de “ligue”, para nombrarlo de alguna manera, presenta, y así lo diría Freud, múltiples puntos de interés al psicoanalista avezado y,

por qué no, al aficionado. Un hecho inmediatamente notable es el alto nivel de seducción que circula en él. Es frecuente, cuando entramos a un locutorio, observar a la gente riéndose frente al monitor, casi gozando, muy entusiasmada en lo suyo. El chat sin duda es placentero. Y esto nos enseña que la seducción tiene una existencia independiente: la de un *preliminar erótico*. No hay más que ver ese cosquilleo en el cuerpo que produce para advertirlo. El “levante” empieza en el chat. No únicamente allí claro. Pero ha tomado en buena medida el lugar que antes tenían las presentaciones y el “hablarse” con una mina (más de barrio), o las reuniones de solos y solas. El chateo puede conducir o no a la cama, es decir, la seducción virtual puede terminar participando del acto sexual y la primacía genital (como corresponde). Mientras tanto, hasta podría dar origen a una perversión. Se sabe, por ejemplo, de usuarios de Internet que no buscan más que chatear, seducir, y no se encuentran nunca con el partenaire. No se dirigen hacia el unánime *touch and go* ni buscan la presencia del otro en un encuentro real. Pero no nos interesa aquí tanto que esto constituya hasta cierto punto una nueva forma de perversión (al fijarse el comportamiento sexual en un preliminar y por la exclusión del acto genital), incluso una forma de canalizar fobias sociales, como el estatuto que adquiere la seducción. Baudrillard tuvo en cierta forma razón cuando preconizaba que el psicoanálisis no debió haber salido de allí. Es que la seducción, tal como nos la muestran Internet y el chat, constituye en efecto una forma de placer preliminar, ligada a la sustitución del sentido al sexo, y esto obliga a darle un lugar en la teoría que hasta el momento le ha sido negado.

En segundo lugar, gente más o menos mayor, que se ha se-

parado recientemente, despliega un nivel y una estrategia de seducción que los retrae al colegio secundario, a los doce, quince, dieciséis años. Hombres y mujeres vuelven súbitamente a la edad del pavo, sin rodeos y sin ninguna vergüenza. Y movilizan un automatismo que recuerda a los ex fumadores que caen de nuevo en el vicio: en una o dos semanas se hallan en el mismo nivel de consumo de tabaco que tenían antes de dejar de fumar, por muchos años que hayan pasado. Hay pues y puede aislar fácilmente una “edad de la seducción”: se restaura una memoria en el comportamiento y las hormonas. Las personas parecen fijadas a una forma de relación al otro y al sexo, al partenaire sexual, al mercado sexual en general, que tiene una existencia tan cierta como la del esquema corporal o la edad mental. Puede observarse que las personas se fijan mentalmente a una etapa de su vida. Y esto ocurre, en principio, con una relativa independencia de las fases del desarrollo psicosexual. Hay una imagen que se reconoce como la propia y con la que la gente anda por el mundo, a todas luces derivada de la imagen especular, que varía entre los doce o trece años y los veinte y pico, es decir, que se sitúa entre la pubertad y se extiende un poco más allá de la adolescencia. Pero como a esta última se le ha ido sumando años, podríamos decir que en general la imagen de sí se fija entre la pubertad y la adolescencia. Por tanto, cuando decimos, con Freud y su análisis del caso de homosexualidad femenina, que la adolescencia no plantea problemas estrictamente analíticos, deberíamos considerar el tema de estas fijaciones que suelen pasar desapercibidas en un análisis. Es cierto que la adolescencia es la entrada al mercado sexual, y que se entra con lo que se adquirió antes, pero el dato de la imagen corporal no es desdeñable.

Aún más en general podría afirmarse que existen si no fija-

ciones al menos una posibilidad de retorno a distintas etapas de la vida de una persona. Tal vez sobre estas capas identificatorias haya deslizamientos que lleven a períodos más arcaicos, pero eso no les quita existencia. Alguien, por ejemplo, puede reconocerse en algún momento viviendo cosas y situado como a sus treinta años, cuando llegó a los sesenta. No es una experiencia infrecuente y cada tanto la asociación libre la trae al consultorio. Pero ¿por qué se producen estas “fijaciones”? En principio, creo que deberíamos comenzar por observar que hay una segunda integración corporal en el coito que no es ajena a esta cuestión identificatoria. En cierta forma, la diferencia entre el partenaire y lo que hasta allí aparecía como imagen especular, o como partenaire imaginario, especularizado, plantea una nueva síntesis de las marcas y el espacio. Ya no se trata de una simetría directa, como lo es la especular. Tampoco se trata de la simetría invertida de la relación con el prójimo: en el acto sexual las marcas se invierten y superponen. El cuerpo entra en una faz de experimentación, y debe reintegrarse de acuerdo a otros valores. Esta amenaza a la unificación especular, sin duda referida al complejo de castración, a lo que hay en el sexo que conduce al acto, a la presencia de la satisfacción, queda oculta en parte por la metamorfosis de la pubertad, y todo indica que es por esto que no se la ha ubicado fácilmente. El espejo no solo cambia su simetría, sufre una efracción paralela a la penetración del coito: resulta pulsionalizado, el interior del cuerpo, si se puede decir así, gana el espejo. La superficie especular sufre dos cambios notables: uno, propiamente especular, cuando el partenaire no puede ya superponerse a la imagen del prójimo, al otro especular; otra, por la efracción que resulta del acto de penetración del otro cuerpo, por la propia efracción

que incluso sufre el macho en el abrazo sexual. El cuerpo, y, lo repetimos, no solo el de la hembra, sufre una eviración. El interior se desinvagina al tiempo que el orgasmo –visible en la detumescencia o invisible en el orgasmo femenino– adquiere un controvertido valor de signo. Es propiamente el signo del interior desinvaginado, y que cuestiona la superficie del espejo (la primera masturbación, se lo ha señalado, suele experimentarse como la ruptura de una pantalla⁷). La invisibilidad que el coito moviliza se instala así en el lugar de lo que falta en la imagen, y que en la teoría clásica se conoce como menos fi.

Pero hay todavía una tercera vía de acceso a los problemas que se plantean en el coito y su relación al espejo, y que no excluye las dos anteriores que acabamos de señalar. En el coito, y a cuanta mayor entrega de los participantes, el cuerpo se pierde. Los cuerpos se reflejan, si se quiere, en otro espejo, tercero. Ya no son referencia entre ellos. Ya no se miran uno en el otro. Forman entonces parte de un paisaje sin yo y hasta cierto punto sin narcisismos. Así como la asociación libre tiende a la pérdida del punto de vista del hablante, a diluir el yo del hablante, su control sobre los enunciados, y ubica al analista, como sabemos, en un término correlativo, el objeto, que asume la circularidad pulsional “mimética”, así durante el acto sexual el goce circunda los cuerpos. El espejo es allí el medio y no el hito de referencia. La relación entre el espejo y el coito, cabe decirlo, ha sido poco estudiada. No tiene mucha más bibliografía que la que se halla, por ejemplo, en los techos de los hoteles alojamiento.

El chat, volvamos a él, nos libera de nosotros. Y en el terreno del encuentro sexual y de los cuerpos, somos, como todos sabemos, el mayor obstáculo. De esta forma, y en tanto permite

desplegar personajes, el chateo es un radioteatro privado, más propiamente, un teleteatro, un teatro a distancia. Con su lista en el Messenger, ella y él juegan roles diferentes. Y así, las existencias anónimas que hallan su sitio en la Red, gozan bajo distintas máscaras y resulta perfectamente ingenuo creer que la práctica generada es mayormente masturbatoria.

Una tercera característica del chat, y especialmente de los buscadores de pareja, es que su teleteatro privado conecta con la otra mitad de la especie. Tras los perfiles anónimos, identificados por un nick, se halla el otro sexo, un partenaire genérico. Y esto para no decir que allí se concentran “todos los hombres” o “todas las mujeres” –formulaciones que cualquier lacaniano de estricta observancia objetaría inmediatamente–. La elección de un partenaire, después de entrar por esa vía al mercado, es dificultosa. El usuario, el seductor, en algún momento se ve confrontado a la necesidad de elegir, y por tanto de perder la potencialidad de tener a “disposición” al hombre, o la mujer. Encontramos aquí un aspecto sincrónico del chat. Obviamente, esto permite trazar un paralelo con la pulsión, donde la potencialidad está en primer plano bajo la forma de su circularidad. Y de ahí quizá derive en parte la atracción que ejerce el chat y el placer que proporciona.

Notas

^{1.} El pasaje del *hit* al *trip* –propiamente este pasaje se da en las discos especializadas en música electrónica, o en las pistas que pasan ese tipo de música– se produce por la sustitución de la electrónica al rock y el pop. En un vistazo rápido, podemos caracterizar a los ’70 como *hard rock*, en los ’80 se impone el tecno-rock y la electrónica, los ’90 constituyen la década de consolidación de la música electrónica, en la década del 2000 la característica propia todavía es difícil de percibir pero podría señalarse que aparecen

instrumentos tecnológicos nuevos. Estos no se trasladaron aun al rock, o solo parcialmente (*el sampler*, por ejemplo, aunque aparece con anterioridad al 2000). El rock sigue siendo básicamente el mismo que en los '70. La posibilidad de bajar música en Internet, y no adquirirla legalmente y por las vías que eran habituales, fue lo que produjo un cambio en el mundo del rock. El negocio se desplazó de la venta de discos a las giras. Por otro lado, curiosamente, la electro en los últimos años ha vuelto a sus raíces ochentistas.

² Son los productores de cine quienes suelen hacer ese tipo de intercalaciones. “Tal film, dicen, está entre *La guerra de las galaxias* y *Solaris*. Tal otro entre *Lo que el viento se llevó* y *Los puentes de Madison*”. Las películas hacen serie y los géneros permanecen, las subyacen. Pero la serie que se constituye así devendría en verdad interesante si llegara a presentarse un film calculado “en diagonal”, que escapara al infinito del cine. Ese film pondría en cuestión el universo del cine.

³ Cf. J. Lacan, *Séance de clôture*, en *Lettres de l'École freudienne de Paris*, nº 18, París, 1976, pp. 263-270.

⁴ En cuanto al pasaje teórico que se da entre multitud y pueblo, entre Spinoza y Hobbes, cf. Paolo Virno, *Gramática de la multitud*, Colihue, Buenos Aires, 2003.

⁵ J. Lacan, seminario XII, lección del 16 de diciembre de 1964, inédito. Sobre las calles, y antes de seguir avanzando en el tema, habría que tratar de contestar una pregunta de Lacan que quedó sin respuesta: ¿por qué los humanos les ponen nombres propios?

⁶ En los '60 y '70, *Queimada*, que trata en parte de la disyunción entre saber y poder –para abordar esta disyunción a partir de un film, Lacan recomendaba *Calcuta* de Louis Malle–, era un film recomendado en la formación de los militantes en agrupaciones de izquierda. En cambio, *Medusa y cía* de Roger Callois y *El erotismo*, y especialmente en este texto la teoría de la fiesta, de George Bataille eran lecturas recomendadas en los Servicios.

⁷ J. Lacan, *La tercera*, en *Intervenciones y textos II*, Manantial, Buenos Aires, 1988, p. 91.

Zapping III

A George Steiner

Reivindicación del touch and go. Una y otra vez mencionado en los medios, el touch terminó por popularizarse. Hoy, el término es moneda corriente. Pero lo que se nombra con ese vocablo inglés, al parecer según un uso local, existió siempre. Se lo llamó “fato”, sexo ocasional, deportivo, trampa, etc. Y dejamos aquí de lado una amplia tradición literaria: *Las memorias de Casanova*, *El Decamerón*, etc.

El touch and go, obviamente, es un toque. Un “toco y me voy para no volver” Una suerte de código, de enunciado no escrito, circula desde antaño: “Es una sola vez”. Este principio o postulado del touch aparece ahora de forma más desembozada, se hace público. Se lo acepta sin mayor demostración. Pero, ¿por qué el encuentro sexual no se repite?

Comencemos por las fantasías. La falta de repetición del acto –suponiendo con cierto esfuerzo que la primera vez no sea ya una repetición, por ejemplo, edípica– permite leer una variedad de ellas. La prostitución es una. Pero también el robo (de la virginidad, de lo que no se quiere entregar), y esto de ambos lados. Otra fantasía consiste en que se trató de una pequeña batalla, una escaramuza en la guerra de los sexos. Aun el crimen se hace presente como fantasía: no se verán más, están muertos; quizás ya estaban muertos antes de matarse. Asimismo, que el acto sexual se consumó de un solo lado (quién sabe cuál y

mejor no preguntar). No hay entonces separación ni ausencia; otra fantasía. Y luego posibilidad de llamado, de demanda. Y por tanto no hay pérdida ni búsqueda. Pero, ¿qué deseo, qué orden de realización abastecen estas fantasías?

Sería exagerado decir que el touch realiza el acto sexual y que tanto como el suicidio no conoce fracaso. Es cierto, no obstante, que el touch hace lo suyo para impedir la inscripción del saber (el *S₂*, para decirlo como los lacanianos). Las cosas quedan ligadas a un anonimato preservado hasta donde se puede o se quiere (sobre todo en las condiciones actuales, en los contactos por vía Internet).

También podría suponerse que el touch produce una serie en otro lado. Se extiende en el lado femenino (o masculino) y no sobre el objeto y a sus instancias. Así lo que se obtiene es sincrónico a pesar de hacer serie.

Todo esto, aunque pueda estar presente, no nos dice todavía qué se realiza (en el sentido de la realización de deseos) en un touch; solo aproxima la identificación. Veámoslo pues literalmente. Que se trate de una sola vez deja libres a los participantes. El vínculo, si lo hubo, se disuelve. Se realiza pues la libertad. El touch es homotópico a la ausencia de relación sexual (por sintomático que se lo piense). La recrea. Y la no-relación es el punto donde se juega en el ser hablante la función de la libertad. Sin la perforación fálica de la cadena significante, el sujeto sería infinitamente representado para otro significante. No tendría salida. El sexo, como se sabe desde siempre, es despertar. El trabajo de la pulsión consiste en instalar una presencia imposible en el Otro, limitarlo.

Concluyamos con una cita de Steiner: “El hombre y la mujer que han conocido el sexo en sus aspectos más variados y desinhibidos conservan el gusto de la libertad hasta el final. Una

noche en París, cuando entré en C., oí la queda pero meteórica risa de la libertad misma. Esa risa sigue conmigo”¹.

El estándar y el porno. En el cine triple X por regla general se encuentra una secuencia sexual típica. Al encuentro de los partenaires le sigue normalmente una fellatio, luego él devuelve o no la atención, y de allí se siguen varias posiciones, que siempre dejan bien visible la penetración (hasta el *close-up*), y al final el semen se visibiliza y remata la escena como un collar de perlas. El patrón es pues fálico. El cine porno es casi siempre fálico.

Frente a esto, y examinando en términos “didácticos” la cuestión, podríamos afirmar que el porno provee una idealización, una suerte de engaño, algo especioso. El sexo habitual es más torpe, menos gimnástico. Como en el final de *Lolita* de Nabokov –no es tan fácil matar a alguien, nos comenta el profesor–, trazando un paralelo con ese tortuoso y escalonado asesinato, podríamos afirmar que no es tan fácil coger. No es como tomar un vaso de agua. En el porno sobra naturalidad.

Por otro lado, y en tren de señalar diferencias, un coito corriente es más pegado, viscoso, los cuerpos yacen juntos, hay más carne en juego y menos contacto visual, la cópula no es tan visible. Una relación sexual entre “aficionados” es más trabajosa, supone más franela, tanteo y acuerdo y diálogo tónico. Lo invisible juega su parte. Además –para tomar solo un ejemplo–, los besos varían, muestran formas múltiples. Son al estilo francés y por fuera de la boca –los más comunes en el triple X, que han hecho escuela–, aunque sean prácticos durante los momentos de penetración profunda y rápida, los momentos más intensos del coito. Asimismo, el porno no muestra casi nunca

el orgasmo femenino, la coincidencia de orgasmos, lo que se llama “clavar”, o cosas del estilo de “culear”, “comer la boca”, etc.

En cambio, no se podría reprochar al porno que no ponga en juego los cinco sentidos, como lo hace el coito –y es uno de los pocos casos, si no el único, donde se da esta peculiaridad–. El porno no podría hacerlo, no dispone de medios.

No obstante todo este déficit “didáctico”, convengamos que si el coito puede tipificarse, si se puede llegar a obtener una secuencia estándar es porque el instrumento copulatorio lo permite. No se tipifica de casualidad. Nuevamente, el porno es en lo básico fálico, esto es: no genital.

Pero, en definitiva, el triple X no pretende enseñarle nada a nadie. Solo vende excitación. Vayamos pues al punto que nos interesa. En el acoplamiento se pierde el punto de vista. No solo los cuerpos no se dominan en una perspectiva sino que el yo de los participantes se pierde en la situación. Al menos, hasta donde la castración puede asumirse. Por eso (no solo por eso) los espejos. En cuanto nos identificamos al estilo del porno, ese lugar pulsional de la pérdida que nos sitúa, aquello que nos circundaba y se pierde, queda sustituido por la cámara, por la filmación. La cosa pulsional resulta evadida, eludida por una duplicación, una sobreimposición. La pantalla nos separa de la captura de la escena: si cogemos imitando al porno, nos vemos desde fuera de la situación. La sexualidad que se obtiene así es yoica. El porno es el sexo para todos.

“En el mundo desarrollado –escribe George Steiner–, con su corrosiva pornografía, incontables amantes, sobre todo entre los jóvenes, “programan” sus relaciones amorosas, conscientemente o no, con arreglo a unas líneas semióticas precocinadas.

Lo que debería ser el más espontáneamente anárquico, individualmente exploratorio e inventivo de los encuentros humanos se ajusta, en gran medida, a un "guion"”².

Descripción de las mal llamadas “putas de Internet”. El término “puta de Internet” proviene de la jerga generada por los usuarios de los buscadores de pareja, y es utilizado con frecuencia. No tiene relación ninguna con las páginas en que se ofrece sexo profesionalmente, por decirlo así, al estilo: “las-mejoresputasdeinternet”. No se trata de sexo pago. Está claro desde el principio que el dinero no hace a la cuestión. El término, pues, describe en primera instancia a un tipo de mujeres que buscan un contacto sexual ocasional, sin manifestar mayor inconveniente en ello y poniendo una buena cuota de actividad desde el inicio del chat en el buscador del que se trate. La existencia de un discurso más o menos armado –a poco andar, a veces en los primeros contactos por chat, ella deja saber que es una mina segura, que no tiene con quién, que a esta edad uno ya tiene experiencia, que en la guardia todos los médicos son gays, que no hay muchos hombres que digamos, etc.– con el que señalan claramente que “van al frente”, así como, en ocasiones y cuando los participantes ya están fuera del espacio virtual, el atuendo “de combate” ayudan a visualizarlas. Pero veamos en detalle, y más allá de la caracterización pública, en qué consiste este epíteto, y bajo qué condiciones podría llegar a existir como síndrome.

En general, puede sostenerse que se trata de mujeres obsesivas, o que, al menos, tienen un claro recurso a mecanismos obsesivos. La insatisfacción histérica también, es un hecho, provee su cuota, y las fantasías de prostitución y violación

que sobrevuelan. Pero el chat, tal como está dispuesto en los buscadores, se presta más a la serie fálica, a la metonimia de objetos fálicos (los machos que se ofrecen tras los perfiles), que a la triangulación. Para triangular hay que realizar algún forzamiento. De todas maneras, sea como sea que se conforme este grupo, aquí nos ocuparemos de su parte obsesiva y aún de una depresión o una manía agregada a la neurosis obsesiva.

El aislamiento de la situación, tanto como de los afectos que podrían estar en juego paralelamente, es uno de los mecanismos obsesivos que se presentan, y sirve para sobrelevar la situación de “levante” sin mucho problema. Al mismo tiempo, pueden manifestar en el texto de presentación que forma parte del perfil que ellas proveen al buscador, cuando juegan el juego de esa manera, que buscan una pareja estable (es más raro que se presenten como mujeres casadas en busca de una aventura), o que su búsqueda está orientada a una relación más o menos firme. Quizá en efecto la búsqueda empezó en esa órbita, pero a poco andar se han acomodado, adaptado a otra situación: al carácter intercambiable del touch and go³. Buscan el amor, es lo que dicen: lo han perdido (buscan el propio, el que dadas las circunstancias en que se encuentran ya no tienen).

El mundo que descubren, que antes –según dicen– apenas habían vislumbrado, donde todo es sexo –desde el inicio del chat no se trata de otra cosa aunque se hable de cualquier cosa–, les permite estar en un pie de igualdad con los hombres. La democracia alcanza a la diferencia de los sexos. Es el “sexo socialdemócrata” al que alude repetidamente Houellebecq en la novela, por momentos demasiado cercana al ensayo, *Las partículas elementales*⁴. Algunas de ellas dicen que el mundo de los buscadores en Internet constituyó un acontecimiento que

las afectó profundamente. Descubren el sexo como la trama del cuadro, como un revés poroso de la vida cotidiana. (¿Cómo imaginar un mundo sin sexo aunque sea unos instantes? Un cuadro sin envés, sin parte de atrás, bidimensional. Sólo un filósofo podría darse a la tarea, hacerlo a conciencia.) Un revés que a veces suelen aproximar, sin argumentar demasiado pero por buenas razones, a la maternidad:

—!No sabés cómo cambia la sexualidad femenina con la maternidad!

Y con esto significan que no pueden evadirse de un hombre que las desea: son llamadas a satisfacerlo. En este sentido, la madre satisfactoria, proveedora, o la madre moribunda (se verá al pasar por qué), están presentes como figuras de fondo. Los lazos familiares (incestuosos) no desaparecen tan fácilmente, ni siquiera en el más puntual touch and go.

Pueden elegir partenaire y entrar y salir de distintas relaciones fácilmente. El mundo de los buscadores les permite ser como se supone que son los hombres, y, sin más, tener una conducta decididamente masculina. De tanto en tanto se confunden a sí mismas con prostitutas —y esto puede funcionar como una limitación, un tope a la seducción a la que están entregadas: se asustan—, y a veces son directamente tratadas como putas. Pero una prostituta está muy lejos de ser una aficionada al sexo y tiene al respecto una formación que sin exagerar podríamos considerar sólida. Al menos, no es el caso corriente que sea adicta al sexo. No obstante, la mirada masculina las ubica allí y esto genera alguna confusión, una identificación denegada. Concomitantemente, estas mujeres ignoran casi por completo el mundo de la prostitución —los hombres, por su parte, colaboran en esto: hablan poco del tema con ellas, puesto que no

se considera que sea un arma que sirva al “levante”—. En los estándares habituales que se manejan en Buenos Aires, solo podrían entrar en la categoría de “veteranas” o “maduras”, que comienza alrededor de los treinta años, y hasta un poco antes (dada la expansión de los “privados” en los últimos años). Edad que ellas ya han sobrepasado largamente en muchos casos. Pero aun si se trata de mujeres jóvenes, entre los veinte y treinta años, el placer y la disposición con que enfrentan al partenaire en el coito las aleja por completo de la prostitución. No son mujeres, por ejemplo, que se imaginen que las prostitutas no suelen besar a sus clientes. Tampoco imaginan el carácter “expreso”, de “rapidito”, que comporta la práctica con prostitutas en muchos de sus niveles. La confusión —la propia y la que proviene del lado de los hombres—, pues, radica en una ecuación: si le gusta mucho coger es puta. No obstante todo esto, hay un punto donde la cosa gira en una órbita similar a la de la prostitución: el anonimato. Pero no es razón suficiente para despistarnos. Que el encuentro se produzca en esas condiciones obedece a que Internet ha anticipado, por diversas razones, lo que puede preverse (con las limitaciones del caso) como el futuro del sexo humano. La globalización del mercado comprende al ámbito sexual, y la familia es el obstáculo último —el último bastión que impide la constitución del sexo como lisa y llana mercancía— que la red permite saltar intermitentemente. El sexo deviene cosa de mercado. Por lo tanto, el anonimato de los participantes se debe sobre todo a la expansión del sujeto de la ciencia. Vivimos hoy la fase inicial de un sexo cartesiano. El capitalismo avanza sobre mercados en principio impensados. Baste observar, para situar el alcance de la cuestión, la dificultad de localización del goce en la representación:

la satisfacción pulsional es presencia. Y lo que resuelve por tanto el lugar vacío del sujeto, la falta de significante, a través de la articulación fálica, es precisamente la localización de la presencia. De un lado y otro del monitor no hay, por ejemplo, cuerpo que haga obstáculo. En el aspecto sexual, Internet es una abertura que nos permite anticipar el paisaje futuro de una práctica sexual sin características psicológicas (En cuanto a la prostitución masculina y sus fantasmas –a lo que pone al hombre en juego en estos encuentros–, sin embargo, el tema no parece tan claro.)

Otro mecanismo obsesivo en cuestión, retomando la descripción, es la firmeza con que estas mujeres avanzan a los hombres en Internet. Manifiestan una fuerte compulsión en el enlace, es decir, en el “levante”. En el mismo tenor se encuentra la duplicidad con que pueden situar los objetos. Los planos diferentes en que pueden sostenerlos. Y la duplicidad misma de su vida. De amas de casa, desde profesiones independientes, desde su empleo habitual, su familia, giran al mundo del sexo ocasional y más o menos deportivo.

Es relativamente común que el período de promiscuidad sexual, de adicción al sexo, haya sido precedido por una etapa de abstinencia de algunos años. Parece así constituirse el símil de un ciclo maníaco depresivo, que se agrega a una neurosis en la base. Asimismo, es común que las putas de Internet provengan de matrimonios de larga duración y tengan hijos grandes, independientes. Pero pueden señalarse diversos grupos de proveniencia, anteriores a la expansión de la Red. El llamado “reviente” es uno de ellos; la existencia de lo que podríamos llamar la “*ancienne combattante*” constituye otro, y sin duda hay más.

En muchas de estas señoras se nota un dejo de tristeza en sus ojos. La mirada penetrante las inquieta. Cientos de ellas padecen problemas orgánicos más o menos serios, y una media docena de operaciones. Están, pues, literalmente marcadas. Han estado, a veces, cerca de la muerte. Y no es infrecuente encontrar que una parte del grupo de putas de Internet provenga de salas de guardia, o de lugares donde el contacto con la muerte es cotidiano. “Acabar” es así acabar por fin, acabar del todo. El orgasmo, la pequeña muerte, se liga como quería Freud con Tánatos.

Frente a Eros, podría sostenerse que han obtenido una abstracción: están enamoradas del amor. El partenaire, sustituible, marcado como típico, poco y nada particular, se esfuma tras un amor genérico. Pero, entonces, ¿dónde situar el equívoco? ¿Por dónde se instala el malentendido del sexo? Hay, sin duda, una reducción al género que elimina hasta cierto punto los condicionamientos de la elección de objeto. Ya hemos mencionado al respecto que se nos aproxima un sexo ajeno a la psicología. Sin embargo, según creo, el malentendido no desaparece. Si el internauta pudiera, lo correría a un lugar insólito: la computadora, desde entonces pulsionalizada⁵. Pero ni siquiera la sublimación parece arreglar el asunto puesto que la máquina, que se sepa, no ha perdido nada. Es cierto que el lugar vacío permite que la satisfacción se ubique, pero el goce es amboceptor. Frente al monitor, miles de internautas han quemado innumerables pizzas en el horno, y mesas con las colillas de cigarrillo, han dejado sonar el teléfono, han dejado de leer... Entrelazados a un fenómeno sexual nuevo, que no conoce antecedentes en la historia humana.

Una paráfrasis de Freud describe uno de los ingredientes de

la situación –estas mujeres tienen labios gruesos, senos voluminosos, o un físico privilegiado para la edad–: la anatomía es el destino. Los hombres se han tirado encima de ellas durante toda su existencia. Lucen, para decirlo directamente, rasgos de “gato”. Algunos de ellos son naturales, otros prestados, y los hay que resultan de identificaciones con el deseo masculino. Se recordará que Freud sostenía que a partir de las marcas que han quedado en las mujeres puede restituirse la serie de sus amantes. Dejando de lado el hecho evidente de que podría decirse algo similar de los hombres, se impone una pregunta: ¿hay un momento de la vida en que la posibilidad de ser marcado por un amante se clausura? Inicialmente, llevamos las marcas que nuestros padres dejaron sobre nosotros, y de eso se ocupa el psicoanálisis. La constitución misma de las zonas erógenas depende de esas marcas. Pero, luego, está aquel o aquella que nos enseñó a acariciar la espalda del amante muy suavemente después del coito, a besar tiernamente antes de separarse, etc. Contemos, asimismo, a la primera novia, el primer amor, el desfloramiento. ¿Tiene esto un límite? Si la serie se completara se podría explicar un poco de qué estamos hablando: por qué se hace tan esquivo el amor ya no entonces por la edad, no se trata de la experiencia acumulada ni de los desengaños, y por qué, asimismo, el sexo no basta. Si la serie halla su límite, démosle otra vuelta, ¿esto tiene relación con la menopausia (real o metafórica)? ¿También son cuestiones concurrentes, si es que lo son, en el hombre?

Volvamos otra vez a nuestra descripción. El vino atrae a estas internautas. En general, lo prefieren. Son menos afectas a la bebida blanca o al champagne. Suelen usar algún anillo de la amistad, y no por casualidad.

En algunas de las integrantes de este grupo ha faltado desde siempre el recurso a la masturbación. No recuerdan períodos de masturbación clitoridiana o vaginal. Mucho menos anal. Esto, opinan, las liga casi directamente a un hombre para obtener placer. Raramente se encuentran etapas lésbicas. En tren de continuar la investigación, habría que suponer, según creo, que la masturbación, el autoerotismo han quedado ligados a la fase oral, al chupeteo; de donde, entonces, resulta un elemento que concurre con la adicción sexual. En una segunda hipótesis, la oralidad quizá absorbe la cuestión fálica y permite saltarla o esquivarla parcialmente (siguiendo, con alguna libertad, el modelo que Lacan proponía para dar cuenta de las adicciones⁶). La insatisfacción resultante de la confluencia pulsional explicaría la prosecución de la serie de amantes.

Suelen utilizar un lenguaje adolescente. Y se visten como tales. La competencia con las hijas mujeres, por supuesto, se agudiza. Pero esto, no obstante, es un problema más general y que afecta a distinto tipo de mujeres.

Cuando consiguen ligar con un partenaire que excede el touch, no lo celan. El hecho de que los celos no se manifiesten dice mucho. No hay posibilidad de proyectar sobre la pareja lo que no se tiene ningún impedimento en hacer; y el componente homosexual en estas mujeres es casi nulo.

En la medida en que disponen de un gran training sexual, la queja y los comentarios que suelen hacer sobre los hombres que les han tocado es que son “básicos”, es decir, son de una o dos posiciones, besan más o menos, no se ocupan mucho de ellas, y eyaculan rápido. Mayormente, dirían estas internautas, practican “polvitos cristianos”. Los hombres hablan de fútbol o cine, política quizá, y alguna cosita más. Si el exámen se

extiende al entretiempo, en los casos en que lo hay, la nota es pésima. Pero además suelen manejar una tipología de los “masculinos” bastante refinada y certera. Y son capaces de sacar la “ficha” de un hombre en un rato.

Por regla general, son mujeres mentirosas , más allá de la “trampa” y sin caer en la mitomanía,

El hecho de provenir de largos matrimonios, donde el interés se había perdido, y posteriormente de haber tenido relaciones breves, las perjudica notablemente cuando tienen que mentir a una pareja estable para sostener una situación que las compromete. Han perdido en buena medida la capacidad de estar en pareja, de apreciar el grado de compenetración del partenaire en la situación y su capacidad de empatía. Frente a esto, el recurso más común, o uno de los más comunes, es tapar una cosa con otra. Otro rasgo obsesivo se halla aquí. Si han estado con un hombre a la tarde, están a la noche con la pareja. Cursan una cosa sobre otra, sobreimprimen. Proporcionan una respuesta antes de que se les haya inquirido. Pero también omiten, producen lagunas, se anticipan a las preguntas molestas, y utilizan todo el arsenal conocido. Con el aislamiento –que hemos mencionado antes– y la anticipación hallamos dos mecanismos obsesivos típicos, que derivan, como se sabe, de las propiedades de la imagen especular.

En los casos de adicción sexual más agudos sucede a veces que sueñan que están copulando y emiten gemidos de placer. Algunas de estas mujeres manifiestan que basta que un hombre las toque para excitarse. Se encuentran decididamente expuestas al deseo masculino, abiertas.

Si tomamos el grupo de mujeres mayores de cincuenta años, a la sequedad vaginal propia de la menopausia y los cambios

hormonales que se producen se agrega en ocasiones una sequedad “lacrimal”, artificial, ajena a todos los síndromes conocidos que comportan ese síntoma, por decirlo así. Son mujeres que no lloran fácilmente. Muy golpeadas y frustradas, ya no esperan mucho. No se quiebran. Apenas tropiezan. Y cuando esperan algo, para no enamorarse, preparándose para el golpe, se entregan a “coitos preventivos”, profilácticos.

Antes de encontrarse con la pareja en los períodos en que disponen de una pareja relativamente estable, realizan un touch y se liberan, se retraen de la carga afectiva.

Pero en el caso de que esto no ocurra de esta forma, cuando el partenaire amenaza la existencia de la adicción sexual, suelen aparecer ataques firmes al vínculo, discursos dirigidos al partenaire que parecen provenir de una drogadicta. Pero el partenaire, para decirlo directamente, ya está semidevastado desde el inicio. Se trata de una pareja flou, desdibujada. El amor ha devenido una cuestión abstracta, en el sentido jurídico.

Algunas de estas mujeres son muy musicales. Jamás pondrían en un hotel una película triple X, y suelen ignorarla si es el hombre quien la sintoniza. Manifiestan que el porno les quita todas las ganas de coger. La música, en cambio, las llama, y la ponen en equipos o en los canales de audio que proveen los hoteles. Pero, además, ellas, como casi todas las mujeres, son en sí mismas musicales, rítmicas, y a veces esto remite como fondo lejano durante el coito a una suerte de acunamiento. La relación sexual transcurre entonces a lo largo de un canto entre-cortado de gemidos, del ritmo de las cadencias y los suspiros⁷.

En un caso, no sé qué generalidad podría conferírselle, la mujer solo llegaba al orgasmo cuando estaba arriba del hombre, casi inmovilizándolo, no exactamente cabalgándolo, sino mo-

viendo frenéticamente sus caderas atrás y adelante, con el partenaire prácticamente inmovilizado. Esto habla de fantasías de dominio, ligeramente sadomasoquistas, e, incluso, de un punto donde el goce vaginal y el clitoridiano se fusionan, en parte mediante la incorporación fantaseada del pene. Asimismo, durante los preliminares, incluso durante el acto sexual, solía pedir al hombre que cerrara los labios para besarlo a placer. Y, al parecer sabía cómo hacerlo. Quizá la puta de Internet participa de la categoría de “existencia equivocada”, puesto que en cierta forma es una maestra frustrada.

En una ocasión escuché el siguiente diálogo:

—Hasta ahora en Internet solo me encontré con minas que me enseñaron. Espero poder encontrar alguna a la que yo pueda enseñarle algo.

—Cuando Schopenhauer se pregunta para qué estamos en este mundo, responde: “Para aprender algo”. ¡Date por contento!

Como Sócrates, sabemos todo a través de Diótima.

Se trata de mujeres, para decirlo brevemente, a las que la trampa las seduce. Incluso no son del todo ajenas a “la gauchita”, sujetas como están a la satisfacción masculina. No nos encontramos meramente frente a un *carpe diem*. Y si se trata de mujeres obsesivas, hay que suponer una escena primaria compuesta por dos figuras fálicas que no se interpenetran. Pero que haciendo trampa copulan. Dicho de otro modo, la trampa es un desplazamiento activo, subjetivo (da lugar al sujeto, hasta allí tomado como objeto por el coito parental), de la escena primaria. Y por eso manifiestan tanta dificultad en confesarla llegado el caso frente a sus amantes. La trampa se liga a fantasías inconscientes muy profundas. No obstante esto, hay que atender también al carácter decididamente forclusivo que adquiere el

amante en la sexualidad femenina (un tema sorprendente, y que el psicoanálisis ha descuidado). Que el amante (aquel que da lo que no tiene: el ser, el falo, es decir, está muerto o castrado⁸) se ubique en estos términos lo predispone a la forclusión, a la inexistencia. Hay, en ciertos casos, un encarnizamiento en no reconocerlo, como si se tratara de un principio del mundo femenino que no puede vulnerarse.

Asimismo, existe un componente narcisístico importante en juego. El hecho de que puedan obtener hombres jóvenes, bastante más jóvenes que ellas, les permite abastecer una situación freudiana, parecida a la descrita en relación con la homosexualidad masculina. Ellas aman a la amante que fueron en brazos de su marido o su amante de entonces, cuando fueron jóvenes, aman esa imagen que el “pendex” les recrea. El coito que se produce así es marcadamente narcisista y podría oponérsele un coito genital, que obtienen en otras circunstancias. La mujer busca allí más una imagen perdida, su juventud, que el orgasmo. La facilidad, a la que aludimos antes, con la que hallan hombres más jóvenes es notable. Es que el chat lo propicia. Cuando se realiza un encuentro entre una mujer mayor y un hombre relativamente joven, las cosas están claras desde el principio. No se trata de otra cosa.

Vayamos ahora al punto en cuestión: estas mujeres, permításenos suponerlo, se caracterizan por un déficit del autoerotismo y una incapacidad de enamorarse. Y tal vez todo el secreto de la puta de Internet radique allí. ¿Qué relación existe entre estos datos? Quizá, un malentendido: quieren consuelo y encuentran sexo. No pudiendo darse autoconsuelo, incapaces de dárselo a sí mismas, lo buscan en el partenaire. Pero lo que terminan hallando es sexo. El amor, y no es la situación nor-

mal, se ubica entonces más allá del sexo. Y por eso está tan en juego la sexualidad (que queda relativamente formulada en la demanda). Tanta búsqueda e insatisfacción, tanta frustración. Por supuesto, esta línea confluye con la búsqueda de su propia imagen en brazos del amante. Y en el horizonte se instala el ideal de un coito que liquide la soledad y el sufrimiento, una suerte de coito formal, asexual, una osmosis amorosa.

No obstante, convengamos en que el autoerotismo siempre es complicado en la mujer; no toleran la masturbación tan fácilmente como los hombres.

—Pero vos no sos una más, no sos cualquiera.

—”Yo soy cualquiera” —replicaba una puta de Internet a un ocasional partenaire que insistía en no usar preservativo. Y agregaba, cuando me contaba la situación que había vivido en el hotel, que con los hombres era una suerte de erizo, “sacaba las púas”. Les contaba poco y nada de su historia, cuidaba los códigos. Y tenía sus razones.

—Vos sos otra puta de Internet, le había espetado un señor, el revés simétrico del anterior, al salir de un hotel alojamiento.

Las putas de Internet, y ya mencionamos la confusión con la prostitución (“ser una cualquiera”), son sustituibles. Y este hecho es ampliamente asumido. El revés es un tedioso trabajo de fichaje, de casting, mediante el cual seleccionan a sus parejas. La otra cara de una combinatoria mediante la que se aseguran que no haya días libres. Se pone freno así a la depresión que se avecina en la falta.

—Vengo porque me ocurrió algo terrible. Estuve con un tipo con el que ya había estado. Él me decía: “¡Pero no te acordás de mí!” Es porque lo mío es compulsivo, contaba una mujer en su primera entrevista.

La amante de Internet apaga el cigarrillo separando la brasa del filtro. No se ocupa de la brasa, que queda suelta y terminará de consumirse librada a sí misma.

Notas

¹ George Steiner, *Los idiomas de Eros*, en *Los libros que nunca he escrito*, FCE, Buenos Aires, 2008, pp. 103-104.

² *Ibid.*, pp. 79-80.

³ ¿Qué pasa en el encuentro sexual, aun en un puntual y evanescente touch? Es tan difícil responder a esto como establecer qué fue lo que pasó en la infancia. Nunca vamos a terminar de saber lo que se jugó en esos años. La infancia es cantoriana, supera ampliamente al conjunto infinito de la vida. ¿Qué pasó en un matrimonio de veinte años que se disuelve? Cuando los cónyuges se separan, se desconocen: “¿Con quién estuve? ¿Por qué todo este tiempo?” La pareja sexual, el apareamiento, consume la infancia, la subsume y la trasciende. Es otro orden de Aleph. El encuentro sexual es el lugar de precipitación y cristalización de la estructura. Si se leen los *Tres ensayos* y *La organización genital infantil* no puede extraerse otra consecuencia: nuestro desempeño sexual, nuestra capacidad de gozar resume todo. Formulemos todavía otra hipótesis: el punto donde se detiene el desarrollo sexual de una pareja (hasta dónde llegan en sus prácticas, hasta dónde experimentan y se atreven) es el equivalente de la represión sexual infantil y su cierre, su *clôture*, en la pubertad. Encontramos así un límite que se repite e intercambia. Esto supone entonces, y si es posible ir más lejos, dos niveles de acceso al sexo. Existe una suerte de segunda iniciación, un desvirgamiento, un “didáctico” largo y trabajoso, una flexión del “avivarse” más allá de la tipificación del acto sexual que instala e impone el faló que según el grado de neurosis no resulta asequible. *Non liquet omnibus adire Corinthum*, se ha dicho.

⁴ Michel Houellebecq, *Las partículas elementales*, Anagrama, Barcelona, 1999.

⁵ Cf. el documentado texto de Gabriel Lombardi, *Clínica y lógica de la autorreferencia*, Buenos Aires, Letra Viva, 2008, pp. 147 sq. Lombardi desarrolla el tema del sexo de la máquina en las discusiones científicas que están en el origen de la programación de la inteligencia artificial, en relación con Alan Turing.

⁶ J. Lacan, “*Séance de clôture*” en *Lettres de l’École freudienne de Paris*,

nº 18, París, 1976, p. 268.

⁷ En cuanto a la estructura semántica de la sexualidad y su relación con ritmos y cadencias, cf. *Los idiomas de Eros*, op. cit., pp. 77-107.

⁸ J. Lacan, *Écrits*, Seuil, París, 1966, p. 733.

Zapping IV

Medios, formas del sin sentido y sustracción

La idea de mundo. Supongamos, y es casi tan insopportable como representarse castrado, que no hay mundo. El transfinito puede ayudar. ¿Dónde cabría en el mundo que conocemos? Ni siquiera cabe con comodidad en el álgebra.

Si no hay mundo, hay poco y nada qué hacer con la teoría de la ideología. Es imposible una representación falsa, tendenciosa, burguesa, de un mundo que por hipótesis no existe. (Desde entonces, y como dice Beatriz Sarlo, la ideología se vuelve instrumental. Los políticos la acomodan para su uso. La utilizan en el universo ambidextro que nos tocó en suerte.)

Por eso, y con toda razón, Lacan prefería hablar de “mitología de la representación” y la sustituía a la teoría de la ideología.

El mundo en el que creemos, puesto que solo somos escépticos a medias, avanza hacia una descomposición de la materia en fórmulas, hacia un materialismo de la letra. La representación y la ideología se pierden juntas, cada vez más.

mundo/ideología versus desuniverso/mitología de la representación

En la ideología se oponen dos modelos de mundo: el real y el ideologizado. La mitología, en cambio, no supone un mundo, y se ve impedida de falsear su propia ficción. En todo caso, toda

ella es ideología, y no existe otra cosa. La idea de que no hay mundo hace vacilar a la teoría de la ideología. En el mejor de los casos, encontramos dos escalas de valores, dos axiologías en oposición. Pero hasta es difícil sostener que una es mejor que la otra.

Un paso más y podríamos plantear: No hay mundo, ¿y queremos que haya psiquismo? ¿Con qué se correspondería la psiquis?

Un breve flash ahora sobre la sexualidad en su estado actual y en los medios. El sexo se pone allí a la par de la descomposición de la materia. El alma del mundo, la teoría del conocimiento, se representa como un coito filmado, farsesco, repetido. La pornografía a escala global, recrea, mimetiza, la descomposición del mundo. El conocimiento, en sentido científico, se disuelve a la par de los actores porno y sus simulacros eróticos en los canales porno. La pornografía, para decirlo todo, es inmunda.

One night stand, booty call y fling. Las expresiones inglesas equivalen a lo que nosotros, en Argentina, llamamos touch and go. El caso tiene interés para los lingüistas (aunque es probable que el procedimiento sea más común de lo que parece a primera vista) porque no se trata de una palabra extranjera que se incorpora al código del hablante hispano (el caso de “*delivery*”, por ejemplo, o “*sold out*”, y tantas otras expresiones). Dentro de la lengua española, y movilizando sus recursos, se cambia el sentido de una locución adverbial, de una frase hecha –esto es lo que permite recordarla, facilita la tarea–, que proviene de otro idioma, y se la incorpora al castellano. Otra frase hecha, que proviene del fútbol, pero perteneciente al castellano, “toco y me voy”, intercepta a la expresión inglesa, coadyuva al movimiento, y produce una clara metáfora.

Observemos que tampoco se trata de una traducción: no es lo que se pierde, se confunde o se malinterpreta al pasar de una lengua a otra. Directamente no hay traducción; o mejor, se traduce del inglés al inglés. Hay una actividad inicial de una lengua sobre otra, una intromisión, que comienza extrayendo de la lengua externa un sintagma congelado. El español sienta sobre la lengua inglesa una base extraterritorial, como si emitiera un tentáculo, y muta el significado de la expresión.

Ahora bien, la expresión inglesa “*touch and go*” existe como tal, lo hemos dicho. Pero no refiere a un encuentro sexual ocasional, puntual. Tiene el sentido de probar, tantear, testear, sondear. No se está del todo seguro de hacer algo y se arremete sobre la tarea con precaución. Es el SIDA, ahora, el que intercepta —*Unterdrück*, diría Freud— con la expresión.

Se presentan así algunos curiosos problemas de traducción. En una nota al pie, por ejemplo, en el caso de que en inglés figure la expresión “*booty call*” (o “*one night stand*”), y si es el caso de que se traduzca al castellano por “*touch and go*”, ¿hay que poner: “En castellano en el original”?

Y al revés: al traducir la expresión “*touch and go*”, desde una novela argentina al inglés: ¿qué hay que aclarar? Para explicar todo el procedimiento y los pasajes que implica una tal traducción hace falta algo más que una nota al pie.

Una tercera expresión inglesa para describir un encuentro ocasional es *fling*. Pero la traducción no comporta ninguna aventura lingüística, es tan unívoca como un touch.

El chat, los hoteles internacionales (el levante en el hall, en el bar del hotel) y el estándar norteamericano de seducción (sin vueltas, directa) han colaborado a imponer el touch, y quizás hasta incidieron en que la expresión misma se imponga.

Los mensajes de texto. Veamos algunas abreviaturas propias de los mensajes de texto:

- TKM (te quiero mucho);
- TreKM (te requiero mucho);
- TKMM (te quiero mucho mucho, y todas las variantes que resultan);
- BBT (beso o besito de buenas tardes);
- BBD (beso o besito de buen día);
- Thks (gracias);
- Te pienso (casi una fórmula);
- Página en blanco (casi otra fórmula);
- K (sustituido al “que”);
- r u there?; etc.

En los mensajes de texto la carta de amor, en el sentido lacaniano, se codifica. Se minimiza. Es el amor que expresa la carta, a la segunda potencia. Algo de la abreviatura la duplica, la mima. Si la carta de amor, se sabe desde antes, desde siempre, terminará por no tener sentido, en este caso, de entrada y sin más, lo pierde, porque linda con la fórmula.

En estas abreviaturas, la carta de amor se reduce, se hace instantánea. Se trata del anonimato, de relaciones sin contorno psicológico. El romanticismo queda muy de lado, y la cosa transcurre por sobre todo en una suerte de complicidad y juego de sustracción.

Estos mensajes se sitúan más allá de la pareja. En una zona casi puramente formal. Forman una pequeña parte de un aprendizaje que no se desaprende. La libertad sexual (y sus formas), una vez adquirida, no se pierde. Resiste los más profundos vo-

tos, y toda promesa. Ni siquiera pasar bajo el Puente de los Suspiros la detiene. Es como andar en bicicleta. Puede resultar difícil aprender, pero una vez adquirida la habilidad, ya no tiene retorno. El equilibrio del sexo está, pues, en cuestión. Y se sostiene.

Es esto, entre otras muchas cosas, lo que hace al “amor líquido”. Y es parte de lo que atenta contra la duración de las parejas: las sustrae. Y desde el fondo, hombres y mujeres persisten en sus intentos.

La psicopatía y el alma. Resuelto el síntoma por la práctica sexual, si esto es posible, se corre al psiquismo. Es sabido que la práctica de los privados (los antiguos burdeles, prostíbulos o quilombos) extiende la elección de objeto. Un dicho “gatero” lo resume: “En veinte uñas, “se” igual”. El habitué de prostíbulos sabe, como Joyce, que la mujer es su propia música. Por algún lado, entonces, y pese a que nos pese, hay que reconocer que algún manejo del síntoma se adquiere por pura gimnasia sexual y por fuera de los divanes. Se encuentran así varios caminos para el mismo resultado. Porque si el síntoma es una mujer, también existe un *savoir-faire* que la concierne por vía del sexo. En cierta forma, la gente sabe de sí en la cama y en el diván. Salvo el caso de que se autoanalice.

—En la cama se conoce (a la) gente y la gente se conoce —aseveraba una psicoanalista inspirada.

Pero se paga un precio. Nos acercamos a la psicopatía. La cosa sexual retorna en el alma (así, se sabe, definía Lacan a la psicopatía). Resuelto el partenaire, el síntoma se instala en la psiquis, desplazamiento mediante. O mejor aun, acompañando el deslizamiento, en el instrumento. El partenaire deviene objeto de un uso instrumental.

Si primeramente el obstáculo es el objeto exterior (la mujer, una mujer), una vez resuelto, se desplaza sobre el sujeto. La libertad sexual, insistimos, tiene un precio. La nueva histeria masculina, por ejemplo, forma parte de este corrimiento.

La queja de muchas mujeres apunta en una dirección: los hombres masturbadores. Cogen, pero en una suerte de onanismo persistente. Sin mirar a los ojos a la mujer, sin interés en el goce del otro. Cogen con una foto. Rápidamente, sin técnica. No les interesa ya el objeto. Y, si creemos en los dichos del consultorio, son muchos.

Las mujeres, entonces, tienen que inventarle un pene a los hombres, y no sabemos si para reanudar o reiniciar el juego.

Pensar el Grupo Cero. Precursor. La práctica del Grupo Cero no se pensó seriamente. No se pensó, simplemente. ¿Cómo pudo haber ocurrido? A mediados de los '70 irrumpió en Buenos Aires un grupo de psicoanalistas, poetas, literatos, cuya práctica liga directamente con el sexo. Se transforma pronto en un verdadero fenómeno de masas. Se expande con gran rapidez. Una parte de ellos termina emigrando a Madrid con el golpe militar de 1976. En la medida en que la praxis del Grupo Cero lindaba con lo obsceno, la sexualidad, y hechos en aquel entonces más reprimidos que hoy día, podemos decir que se habló mucho del Grupo, pero no se lo analizó desde ninguna perspectiva. Se esquivó de todas las formas posibles tomarlo como objeto. El Grupo Cero, a la distancia, años después demostró en acto, creo, que la verdad y la sexualidad van juntas. Podría haber reivindicado, si es que no lo ha hecho, una expresión de Lacan: el ser-para-el-sexo. Hasta podría haber agregado otra reflexión: “La metafísica –Lacan *dixit*– es la histeria”. El

sexo es la verdad y la medida de la verdad del hombre común.

Lévi-Strauss se preguntó por qué tan poca gente es compositora, considerando que la música gusta a casi todo el mundo. En el caso del Grupo Cero la demostración, o la provocación que introdujo, es similar: ¿por qué tan poca gente se ha ocupado de la sexualidad? Por qué, si el sexo nos concierne hasta tal punto, se le ha escabullido casi siempre el bulto.

Crítica de arte y sexo. Hace unos meses, en La Biela, Cacho Santana me exponía la situación actual del arte. En los años '50, para partir de ahí, el fenómeno, la manifestación artística era casi todo. Ocupaba el 90 por ciento de un círculo. Hoy, el epifenómeno, es decir el comentario sobre el arte, ocupa ese 90 por ciento, y el arte es un pequeño círculo, el 10 por ciento restante, al que rodea el mayúsculo epifenómeno.

Si pensamos en la aparición de un mercado sexual, la cosa parece haber sufrido también una inversión. Se hablaba menos de la sexualidad, se la exhibía menos. Hoy todo se ha hecho público. El mundo asiste por los canales de cable e Internet a un coito continuo que muestra a la humanidad en un espejo de LCD de su intimidad. Se trata del porno como producto de excitación, del sexo devenido mercancía, que ha rodeado a la sexualidad humana y la circunvala. Si el mundo evolucionaba alrededor del orgasmo, ahora puede ver su simulacro en un cine continuado, global, y asistir a una verdad que estuvo sustraída. El mundo se pone a la par del sexo por primera vez (quizá haya que remontar hasta los templos megalíticos de Malta para encontrar algo parecido; sobre las gradas de esos escenarios de piedra se montaban, según se cree, escenas de sexo explícito: antiquísimos pornoshows).

La gente se pone a la par del sexo, el simulacro y el mundo. Se filma un mundo que coge. El mundo sin máscara. La médula del mundo.

El sexo se aparea con la descomposición de la materia.

El amor y el juego sexual. Al menos, en cierta órbita de los encuentros que se arreglan por los buscadores de Internet, en un grupo de adultos (los que están, por así decir, en la búsqueda sexual) la pareja es farsesca. Se juega el juego. La pareja misma se transforma en un juego. El amor adquiere otro estatuto. Y todo está en saber si no es el estatuto “verdadero” de la cosa.

Supongamos que el amor deriva del sexo, que no es solo un efecto del narcisismo, que se liga al coito, y que es apenas algo más que el juego sexual sutilizado. Esto lleva a revisar las fijaciones posteriores a la pubertad, que han quedado por completo fuera de la órbita de la teoría psicoanalítica. Freud, recordemos, consideraba que la adolescencia ya no presentaba interés teórico (cf. el caso Dora). Todo transcurría allí, en Dora, en la entrada en el mercado sexual, pero con un bagaje de fijaciones, condiciones eróticas, estructuras en general, ya consolidadas. El análisis detuvo la investigación en la pubertad. ¿Por qué? Quizá, no se trataba más que de sostener a Edipo.

Algo similar ocurre con la seducción. Tanto las fijaciones postpuberales como la seducción hacen a la captura de la sexualidad en el sentido (fenómenos que son tal vez más visibles en la adultez), y han sido descuidadas por el psicoanálisis. Es evidente, hoy, que la seducción forma parte de lo que Freud llamaba placer preliminar (y sustrajo de sus *Tres ensayos*).

Pero ocupémonos de las relaciones sexuales de los adultos que están, por así decirlo, en el “repechaje”. La cicatriz de los

romances frustrados, la experiencia acumulada, funciona como un músculo que se ha entrenado. Cada vez reacciona más rápido. No son cicatrices en distintas partes, esparcidas, sino que han encallecido en un mismo lugar. Cada vez la superficie se torna más dura y la marca que hiere es menor. El duelo es breve y anticipado, como querría León Grinberg. Esto hace que se crea en el amor y en la pareja; pero se cree, sin tener un gran concepto. Casi podríamos decir, como se cree en el psicoanálisis.

En las relaciones adultas suele no haber “previa”. Y esto implica la desaparición en buena parte del amor. No hay idealización. La alienación que produce el amor es baja, casi nula. Por otro lado, se continúan historias que terminaron hace tiempo; se refuerza así la cicatriz que mencionamos antes.

Se produce un retorno a la adolescencia y a relaciones múltiples sin perspectiva de reproducción ni pareja. Sabemos poco y nada de lo que significa la falta de reproducción y su incidencia sobre el sexo.

Estos hechos, sumados, llevan a un nuevo despertar: la creencia en la pareja adquiere una dimensión lúdica, hay algo de actuación y escena. Por algún lado, se denuncia su ilusión. Desde entonces, la historia con nuestros padres parodia a los Reyes Magos. Y la escena primaria deviene brumosa.

Intuimos que las mujeres de alrededor de 50 años no son del todo creíbles, los hombres quizá menos. Pero, de todas maneras, siguen participando. Las mujeres adquieren una posición muy activa, en parte por su alejamiento del amor: tienen a los hombres. En general, toman una posición relativamente masculina.

—A esta edad ya no vas a enamorarte, se trata de tomar algú-

vino y coger –decía alguien.

Si el amor forma parte de los juegos eróticos, y aun del placer preliminar, en el psicoanálisis parece no haberse planteado del todo bien la distribución entre libido y narcisismo. El problema no radicaría tanto en que el amor es de otra órbita, sino en que se transforma en el juego exclusivo del apareamiento y puede, entonces, llegar a interferirlo al máximo. El obstáculo no es narcisista, o, al menos, no es solo narcisista. Y desde entonces hay que revisar la relación entre la pulsión parcial y el amor, tan cara, como observaba Lacan, a León Bloy y sus judíos de la compraventa.

Zapping V

Sobre la porosidad

Otra vuelta sobre el chat. Nunca se ha escrito tanto como ahora. Si pudo parecer que el arte de la escritura estaba en tren de desaparecer –en lo que respecta a la gente común, no a los profesionales de la pluma–, actualmente la proliferación de mensajes de texto, del chat y el mail, ha puesto a la escritura nuevamente en primer plano. Es cierto que el estilo deja mucho que desear y que los textos se hallan plagados de errores de ortografía, abreviaturas y señales poco ortodoxas, pero eso no quita que el escrito haya vuelto al primer plano. En un tal contexto, volvamos otra vez sobre el chat para señalar algunas características.

Si lo comparamos con la novela salta a la vista su *polifonía*. El chat se constituye a partir de diversas voces. Si la construcción de varios estratos del relato o la narración en la novela gira sobre sí misma, en el chat, en cambio, se unifica alrededor del actor en cuestión. Es una “novela” escrita desde varios puntos de emisión y que termina en el disco duro, hasta nueva orden. Pasa a formar parte de los historiales de conversación.

Otro de sus fenómenos es la *interversión*, que se encuentre, por decirlo así, “gente interpuesta”. El término francés, se sabe, es *immixtion*, y fue utilizado en varias oportunidades por Lacan en relación con el sujeto. La multiplicación de las voces y los apodos que pueblan el chat se intercambia, aparece súbitamen-

te, interfiere. Para decirlo todo, traiciona. Las confusiones que se producen entre los interlocutores o con los nicks son claros ejemplos de ello.

Un tercer aspecto que caracteriza la escritura en el chat es la repetición, una suerte de *zonacitis*, aludiendo a uno de los buscadores. Algunas personas, interceptadas por una copiosa actividad en Internet, repiten las mismas historias una y otra vez como si padecieran un Alzheimer. Si él o ella quieren saber de la actividad de seducción que el otro sostiene, que la pareja ocasional mantiene, de su adicción a Internet y los buscadores, este hecho, que el interlocutor olvide que ya nos ha contado varias veces la misma historia, constituye un signo delator e inequívoco.

Se sabe del placer que los chicos obtienen cuando se les cuenta de forma idéntica, sin cambiar una letra, el mismo cuento. En el chat nos hallamos, si realizamos la comparación, frente a una situación equivalente a aquella captura infantil, pero encapsulada y artificial. En la observación de Freud, el saber (*el S₂*) se completa y fija, alcanza el goce en juego en la repetición. El niño se fija como objeto. Esto imposibilita la segregación de un objeto propio. Dificulta, entonces, el funcionamiento del principio del placer, dado que la separación del objeto permite representar al sujeto (el fantasma). Pero en el caso del chat se trata, como resulta obvio, de una captura muy parcial y localizada. Se entenderá, entonces, que se ubique un poco por fuera del principio del placer y en relación con el síntoma.

Comparemos ahora el chat y la transferencia. En el chat el objeto se produce como otro trazo (por ejemplo, la serie de los machos) y se tiende así a borrar el intervalo. Todos los trazos, las marcas, son el mismo trazo. Y el objeto erótico termina más

o menos en una abstracción. Se trata de un cierto bovarysmo, un amor del amor. En cambio, en la asociación libre queda técnicamente privilegiado el intervalo, que en principio es cubierto por el amor de transferencia.

En un caso, el amor es privado (el gabinete analítico) y se explicita allí potencialmente, sin realizarse. En otro, es público (el espacio virtual) y carece muchas veces de desarrollo.

En cuarto lugar, el aspecto obsesivo del chat no salta a la visita. Se tiende a pensar que la virtualidad que proporciona Internet es sobre todo fóbica. Pero el tabú de contacto y la adicción son características obsesivas. En algún sentido, se tiene todo y nada (se es rey o reina aboliendo la monarquía: el pedido pretende destituir al Otro). Lo público y lo privado se mantienen en planos distintos y no se mezclan más que en la Red.

Por último, el usuario de Internet –y no sólo de los buscadores de pareja– es, si se quiere verlo así, un tipo de *flaneur* (casi) privado y virtual.

Un reaseguro contra la castración. ¿A qué otro lugar podría dirigirse el tipo que al cine porno? Sólo puede coger si lo están filmando. Su mujer, Lorena, le amputa la intimidad y la parte íntima. Con todo debidamente registrado el hombre puede estar más tranquilo. No volverá a ocurrir. Pero si por azar ocurre, entonces será fácil probar la emasculación y que nadie intervino para detenerla. Lo privado, el núcleo mismo de la vida privada, se hace público.

Si pensamos un poco sobre este hecho, nos lleva a una idea que se emparenta con el concepto de porosidad en Benjamín. El eje privado/público resulta presentar zonas porosas, donde la distinción ya no se sostiene. Pero quizás esta misma cuestión

sea útil para situar el fenómeno del porno. Se trata entonces de la porosidad en el sexo. Y si se quiere de un *semblant*, de una falsa porosidad: el sexo en televisión e Internet.

Los Beatles y una acepción de “touch”. Hemos insistido sobre la traducción de la expresión *touch and go*. Dijimos que se trata de una invención argentina y que la expresión inglesa tiene otro sentido. Además, existen en la lengua inglesa otras expresiones que remiten a lo que nosotros llamamos *touch and go*. No obstante, cuando se trata del primer término de la expresión, *touch*, la cosa cambia. Y en ese sentido, un viejo tema de Los Beatles puede servir de ejemplo. Quizá intervino activamente en la acuñación de la expresión en cuestión, aunque tardíamente. Reproducimos a continuación la letra de aquella composición de Lennon y Mc Cartney, grabado entre el 20 de febrero y el 30 de marzo de 1965. El tema aparece en *Anthology 2*, en 1966, aunque fuera concebido inicialmente como parte del álbum *Help!*

THAT MEANS A LOT (Significa mucho)

*A friend says that your love
won't mean a lot.
And you know that your love
is all you've got.
At times things are so fine
and at times they're not.
But when she says she loves you,
that means a lot.
A friend says that a love*

*is never true.
And you know that this
don't apply on you.
A touch can mean so much
When it's all you've got.
(Un touch puede significar mucho, cuando es todo
lo que obtienes.)
When she says she loves you
That means a lot.
(Cuando ella dice que te ama, significa mucho.)*

*Love can be deep inside,
love can be suicide.
Can't you see you can't hide
what you feel when it's real.*

*A friend says that your love
won't mean a lot.
And you know that your love
is all you've got.
A touch can mean so much
when it's all you've got.
When she says she loves you
that means a lot.*

*Can't you see, yeah.
Can't you see, yeah.*

.....

Cosas escuchadas. –El hombre quiere decir “Hay que con-

sumar el acto”, pero se expresa de la siguiente manera: “Hay que consumir el acto”. El lapsus marca la existencia, la imposición de un mercado sexual.

—“Los buscadores son un parque temático, Temaikén.” La variedad de existencias parece cubrir todos los aspectos: sociológicos, antropológicos, etc.

—“Está todo muy podrido.” En alusión directa y desembocada a la ideología que circula actualmente sobre el sexo y la pareja.

—“Todos los tipos son gays hasta que demuestren lo contrario.” Dicho por una señora que al parecer había tenido algunas malas experiencias y no reculaba frente a la inversión de la prueba.

—“Todas las conchas vienen con voladitos. Y todos los culos son comunistas.” Amélie Nothomb escribe sobre una niña que sabía que se hallaba en un país comunista cuando encontraba que pululaban los ventiladores.

—“El amor existe, pero no tengo un buen concepto”. Dicho como apología del touch.

—“Demasiados cepillos en el vaso”. El hombre proveía un consejo sobre lo que hay que mirar (y contar) cuando se entra en el departamento de una señorita.

—“Fue un café and go”. Sin comentario.

Zapping VI Nuevos flaneurs



Confluencia de instintos. Seamos discretos, civilizados, en la descripción: la chica fue a hablar por teléfono. Es una frase hecha, trillada y antigua. El caso es que no solo se retiró para hablar por teléfono tranquila: la notebook está allí, y ella está entonces doblemente conectada.

Menos eufemísticamente: no larga la computadora ni para ir al baño. Y, además, nada le alcanza: Internet y teléfono. El goce, nos dice claramente, no se acota.

Por lo demás, es notable la confluencia pulsional: el ojo y el oído, para no hablar del resto. Y esto mismo nos lleva a la idea de coito: los cinco sentidos, como en el acto sexual, están en juego.

Quizá de allí pueda deducirse una inhibición de funciones, dado que se interceptan, se superponen.

¿Y si estuviera rompiendo con el novio? ¿O si fuera tartamuda? Los cortes de la cinta excrementicia, si es el caso, concurrirían en el asunto.

El placer de la micción y/o la defecación se interfiere con las ondas de la doble comunicación (que podría, finalmente, ser una, si se tratara de un solo y mismo interlocutor). Hay mucho de fálico, pero sustancialmente invisible.

La imagen es hasta sadiana: Internet en la toilette. ¿Qué le estarán transmitiendo? ¿De qué adoctrinamiento se tratará?

Imaginemos el otro lado: alguien pregunta: ¿Qué estás haciendo? O aún: ¿Estás ocupada? Y ella se hace pis, quizá, por él. La seducción se conjuga en el erotismo uretral. Todo resuena, consuena.

No dejemos de observar el agujero negro por donde la cosa se va, la red cloacal. Internet nos lleva tanto tiempo como queramos darle y disponerle.

El cuerpo en cuestión aquí, en esta imagen, es tan portátil como la notebook y el celular.

La soledad –pero tratemos de evitar ser cursis– es evidente, no hay que subrayarla.

Ahora bien, las dos manos ocupadas: ¿cómo va a limpiarse? Y entonces caemos en la cuenta de que esta imagen podría ser un rebús, la imagen de un sueño. El resto diurno, no velemos un poco, se hallaría en un juego de cartas: el llamado “culo sucio”.

Por último, Walter Benjamin –sabiendo que pensaba con imágenes, que sus imágenes magistrales eran conceptos plásticos, deducciones, síntesis– hubiera hecho una fiesta de esta fotografía. La porosidad, que había recogido de Nápoles, reina, campea. No hay privado, no hay público.

Estrellas y la moda de la astrología. La astrología, siempre de moda, está otra vez de moda. Es probable que su vigencia no termine nunca, o termine con el Hombre mismo, cuando la raza humana ya no exista para contemplar las estrellas.

Fue Alejandro Magno, en su campaña a Persia, en el siglo IV a.c., quien trajo los signos del zodíaco a Occidente, desde Babilonia, y también a Zoroastro y otras leyendas y religiones, creencias.

El mundo de aquella época, para caracterizarlo muy sucintamente, era finito y el Yo no se oponía a él, como ocurre muchos siglos después, en el Renacimiento. El Yo formaba parte del mundo y, por tanto, las fuerzas que actuaban sobre la Tierra, obviamente, actuaban sobre él.

Los planetas eran entonces dioses de precisión inexplicable. Eran dioses que tenían nombres y significaciones, el Amor, la Guerra, o el Viento. Su fuerza, por aquella época lejana, no se sabía aun de atracción, era semántica.

La física moderna hizo masa de aquellos dioses. Una estrella puede tener más o menos densidad que otra, más masa o atracción, pero no tiene ni más ni menos sentido que cualquiera otra. Su gravedad, hoy, sobre los seres que somos, quizás exista, aunque esto solo pueda pensarse en las más infinitesimales magnitudes que puedan imaginarse, pero en ningún caso podría tratarse de una influencia semántica. Su gravedad depende pura y exclusivamente de una fuerza que a la vez unifica y silencia a los astros y el espacio.

¿Por qué persisten, entonces, estas creencias? ¿Por qué vuelven, se actualizan, y con tanto público consumidor?

Alexandre Koyné ha dicho que la brujería, las creencias mágicas, pululan en las épocas de transición, cuando la humanidad cambia de paradigma. En esos casos, no sabemos a qué santo encarnarnos. No tenemos ya en qué creer. Así ocurrió en el tránsito entre la Edad Media y el Renacimiento, la Modernidad. Quizás estemos hoy frente a otro cambio de paradigma.

Estrellas y mediáticos. Fue Roberto Galán, un verdadero precursor, quien inició una televisión que trajo a la pantalla chica a las personas comunes y corrientes, al común de la gente. Hoy, lo que Galán inició, llegó, derivó en Gran Hermano o los realitys shows. “Si lo sabe cante” es, en algunos aspectos y saltando etapas, el antecedente de la televisión actual. Recordemos al pasar, y no azarosamente, que Galán fue secretario privado de Juan Domingo Perón. El peronismo de Roberto Galán recaló en la televisión, en su aporte creador, en un torrente innovador.

La televisión de los años de Galán, los sesenta y setenta particularmente, eran de actores y actrices, de series importadas, norteamericanas, de algunos teleteatros, algo de fútbol (no mucho). Aquella televisión no mostraba ni por asomo la fase de antropofagia, de autofagia, que hoy en día la caracteriza. No volvía en media vuelta sobre sí misma para comerse, y comentarse al infinito y en espejo, para fagocitar una y otra vez dos o tres programas de base, de gran audiencia, y que constituyen el estándar.

Con Galán circulaba algo que terminaba ahí. Hacía pura irrupción. En cambio, los mediáticos actuales son decididamente otra cosa.

Si hubiera que ubicar esto en un esquema simple, los mediáticos han tomado en parte el lugar de los actores, que a su vez han tomado (algunos al menos, unos pocos privilegiados) lugar en la actividad política. Se trata, se ve, de un corrimiento interesante. ¿Qué lo produjo? Se ha dicho que una de las causas se encuentra en la expansión de la televisión por Cable. La televisión abierta, a la que nos estamos refiriendo aquí, se vulgarizó, se empobreció en función de una repartición del mercado muy notable, clara. Esto, por supuesto, no explica lo qué pasó del lado de la política.

A tierra: ciudades esquivas al cine y viajes virtuales. Hemos visto Venecia en decenas de films. Últimamente, en *El turista*, con Johnny Deep y Angelina Jolie. Hace años en *Venecia rojo shocking*, con Donald Sutherland en el papel protagónico, o *Muerte en Venecia*, sobre libro de Thomas Mann y dirección de Luchino Visconti; y en muchas otras. Quizá, antes de visitarla por primera vez, pensaríamos que no va a sorprendernos, que ya conocemos bastante de ella. Sin embargo, Venecia nos sorprende e impacta por varias razones. Caminando por sus veredas, se escuchan conversaciones lejanas. Inaudibles en cualquier otra ciudad. En Venecia no hay motores. No circulan autos, ni, si se atiende a las oposiciones, peatones. Cuando se quiere presentar un nuevo modelo de auto y promocionarlo, este es llevado en lancha por el Gran Canal.

Venecia tiene mucho de imagen onírica. No es una ciudad hecha linealmente, en cuadrículas, o en perspectiva (lo mismo ocurre con la medieval basílica de San Marcos, paradigma de La Serenísima), es circular como la imagen en el sueño. Venecia engloba, nos circunda. Y esto no solo porque sea la ciudad de nuestros sueños. Circular y cerrada, montada sobre millares de pilares en la laguna, nos rodea. Y por eso es tan fácil perderse en ella. Más que en cualquier otro sitio, somos paisaje.

Estos datos, esta descripción, son más o menos intransmisibles en un film.

Concluyamos con una anécdota que, como muchas otras, si no es cierta merecería serlo. Virulazó, un gran bailarín de tango argentino, viaja a Venecia contratado para filmar algunas escenas en una película. En cuanto sus amigos caen en la cuenta de que solo había salido del hotel en el que se encontraban para trabajar en la filmación, van a buscarlo a su habitación. Lo en-

cuentran tomando mate, sentado y en camiseta, mirando por la ventana.

—¿No te das cuenta que estás en una de las ciudades más conocidas y fascinantes del mundo? ¿Qué hacés acá encerrado? —le reprocha uno.

—Cayate, ¡parece la Chacarita inundada! —describe Virulazó a modo de respuesta.

Venecia tiene, en efecto, algo muerto, congelado en el siglo XII. Su carnaval es frío y violáceo. No se trata tanto de un festejo como del desfile de una época —trajes, máscaras— que recuerda su lugar pasado en la ciudad pero no lo reclama.

Berlín fue una ciudad asiduamente bombardeada durante la IIa. Guerra Mundial. Muchos de los monoblocks que actualmente se emplazan sobre ella son producto de su reconstrucción. Rapidez y bajos costos seguramente se conjugaron aquí. Este tipo de construcción es huella de un pasado aun no tan lejano. Desde una de las alas del palacio de Charlottenburgo, por ejemplo, se ven monoblocks. Desde la famosa torre de Alexander Platz, obviamente, muchísimos más; al este, al oeste.

Yendo y viniendo —hace falta, creo, hacer el trayecto dos veces para advertir de qué se trata— en tren desde el aeropuerto observamos decenas y centenas de barrios de monoblocks. La influencia soviética se siente, se halla presente.

En el centro de Berlín hay monoblocks tanto como en los suburbios. Pero una clara señal nos permite distinguirlos: los monoblocks del centro no presentan *graffitis*, ni dibujos, ni pintadas de ninguna índole.

La señal del paso de una localidad a otra es un sistema de símbolo cero.

Hemos visto París en cientos de películas. Una primera visi-

ta es muy emocionante, emotiva. Si no nos retrae a nuestros ancestros europeos, nos remite a los ensueños a los que nos arrasó el cine cuando fuimos chicos. Más de un turista ha llorado frente a la torre Eiffel (con menos frecuencia, frente al Lido o *Le lapin agile*). Pero hay algo que escapa también en esta ciudad a la captura filmica o fotográfica: está hecha imitando, si se quiere verlo así, las capas de una cebolla. La ciudad, a medida que fue creciendo extendió sus fortificaciones, que la rodeaban siempre en círculo. Actualmente, el periférico –una autopista circular, que puede multiplicar nuestro trayecto si la tomamos en dirección inversa– es, podría decirse, la muralla final. Más allá se encuentra la Cité y sus peligros.

No sabremos nunca cuánto debe Freud a esas capas de cebolla en sus primeras exploraciones sobre la resistencia y la represión. El París de Charcot tiene algún lugar en la teoría –la geografía– del aparato psíquico.

Cinco minutos en auto saliendo de Praga y otra vez los monoblocks y la rutina estalinista. Praga es una ciudad relativamente pequeña, con su castillo kafkiano y su puente Carlos V, lleno de figuras, estatuas, alguna parcialmente pulida por las manos humanas (como observan las guías turísticas). Pero Praga, no obstante su encanto, tiene un algo de Disneylandia. No porque sus torres sean parecidas a la señal del Disney Channel (o, más probablemente, lo inverso): es como un artificio entretenido, una ciudad isla, un antiguo espectáculo, montada sobre otro paisaje urbano.

Cada ciudad tiene su rasgo característico, su trazo unario. En un viaje de quince minutos, desde el aeropuerto al centro, ya se observa la unicidad de una ciudad. Y esto solo ya justifica el viaje.

Hay menos films de los que se supone sobre El expreso de Oriente: tres o cuatro, a lo sumo. En general, tampoco hay muchos films sobre Estambul. *Topkapi*, quizá sea la más recordada. *Mirta, de Liniers a Estambul*, entre nosotros.

En el caso de la vieja Constantinopla, la pantalla grande no puede recoger, sobre todo, y para ir al punto, la presencia impactante, masiva, de la religión. El turista no dejará nunca de ser un *flaneur* sorprendido en su distraído paseo por el llamado –se produce desde los minaretes y en horarios diferentes según un cálculo que ataña a los religiosos– a la oración. Y los viernes verá que las Mezquitas –su interior, su construcción, representa el cielo y la tierra– no dan abasto, y la gente ora, en dirección a La Meca –orientados por la Mihrab–, en la vereda y hasta en la calle.

Estambul está dividido en dos por el estrecho del Bósforo. Una parte es asiática y otra, una región comparativamente pequeña, europea. Del mismo modo, Turquía es básicamente un país musulmán pero con un régimen político europeo. Su encabalgamiento entre dos mundos escapa a toda cámara, al mejor cineasta¹.

No se puede aprehender el olor de los mercados ni el sol nos quema, decía Alejo Carpentier, cuando estamos tras la ventanilla de un ómnibus. En muchos casos, la imagen no alcanza.

Notas

^{1.} El Facebook, los buscadores: En el Gran Bazar, en Estambul, Turquía, se extienden cuadras y cuadras de pequeñas tiendas; una al lado de la otra. Los vendedores ofrecen té dulce, verde, y hablan castellano antiguo (ladino).

Zapping VII

Observaciones sobre viejas y nuevas sexualidades

Fantasías escenificadas en el porno. Ausencia de otras. Imagen. Veremos a continuación algunas escenas pasibles de ser recortadas del cine porno, y trataremos de asignarle a cada una de ellas una significación o una fantasía.

—Ahorcar: Uno de los partenaires “ahorca” al otro (juega a ahorrarlo). Una de las fantasías en cuestión, cuando se trata de que el agente es el hombre, consiste en penetrar al otro “hasta la garganta”. El pene se hace enorme, se estira y alcanza imaginariamente la garganta del partenaire. Como se sabe, esta práctica de jugar a ahorrar detiene la irrigación cerebral y excluye por unos instantes al córtex y sus supuestas funciones inhibitorias. La “sangre” se dirige al pene o al clítoris.

—Doble penetración: En esta práctica una de las fantasías es la de tener un orgasmo doble (la mujer; pero también el hombre, por osmosis, por contagio). La cuestión, llegado el caso, es quién goza. Por eso liga con cuadros histéricos y con la insatisfacción. No es raro que veamos en el porno que los actores se hayan presa de una *belle indifférence*.

—Triple penetración: Todos los agujeros están en actividad, son utilizados y resultan tapados. La mujer es penetrada por el ano, la vagina y la boca, por ejemplo. Una de las fantasías en juego es de embarazo. Ella está completa. Podría resultar cierto

nivel de angustia, tanto de la práctica como de la fantasía por sí sola.

–Swingers: En la práctica swinger hay, obvia decirlo, algo de descontrol. La escena es demasiado vasta, hay demasiadas posibilidades en juego: se puede penetrar a una u a otra, por un lado o por otro. Por lo tanto, una parte de la sexualidad infantil anorgásmica, que no se resuelve genitalmente (el niño no se halla suficientemente genitalizado), retorna en estas prácticas. En cierto aspecto, las “camas redondas” remiten a escenas infantiles, y tienen algo de travesura.

–Lencería: Se presenta en escenas donde se hace uso de la seda, ropas de cuero, tacos, botas, etc. Por supuesto, las fantasías son de carácter fetichista y de muy diverso tipo.

–Sexo deportivo: Muy común en el cine XXX, remite a una idea de normalidad del acto, es decir, a algo bien fantasioso.

–Centramiento en el orgasmo masculino como fin de escena: Nunca o muy raramente la escena concluye con el orgasmo femenino. La fantasía en juego es que la mujer no goza. No habiendo goce femenino, el pene no está en peligro, por tanto hay que suponer que subyacen fantasías de castración.

–Uso de juguetes: Las escenas donde vemos penetraciones con dildos, con juguetes en general, remiten a fantasías de trío, prácticas swingers, etc.

–El vello pubiano depilado: Remite básicamente a fantasías de ser o de estar con una púber.

–No hay “chupones”: El beso francés profundo no existe; esto ocurre en buena medida porque no puede mostrarse, filmarse. La fantasía en juego aquí es que todo transcurre en la superficie. No hay penetración. El pene no podría jamás desaparecer. Luego, no hay castración.

—Rutina: Cierta rutina es típica del porno. Es asimismo propia de las prostitutas. Los “gatos” tienen un libreto, una serie de pasos que en general comienza con la felación. Así pues, y como era obvio, las escenas del porno remiten a la prostitución y a todo tipo de fantasías ligadas con ella.

El porno, directo y explícito como es, está situado sin embargo en un punto de refracción de la sexualidad. No es tan solo directo y explícito, como nos hace creer. Si abstrae el sexo, si la película no tiene argumento —cosa muy frecuente—, muestra en ese mismo movimiento que la sexualidad no es ajena al sentido. Representa la presencia de la cosa sexual. Así, se ve posibilitado por una refracción isomórfica a la que mueve al psicoanálisis. Expliquémonos. El psicoanálisis va del sentido al no-sentido, del discurso común, la palabra corriente, al lapsus o la interpretación (que toca el no-sentido, si está bien construida, y permite por allí mismo cierta instalación de la presencia de la satisfacción). El porno, al revés, en un solo y único movimiento, liga el no-sentido y el sentido, liga la presencia representada de los cuerpos en el coito.

Continuo bipolar. Habla y evaluación. En cuanto el porno es tipificable y presenta escenas más o menos repetitivas, y en tanto su expansión en los medios comienza a influir notablemente en la práctica sexual de las personas comunes (sobre todo de los jóvenes), conviene preguntarse cómo se ejercita el sexo en la realidad y cómo se lo evalúa habitualmente.

Si ubicamos sobre un continuo bipolar de gradación creciente a algunas de las distintas formas de práctica sexual, a la performance que se puede esperar de un coito, obtendríamos el siguiente esquema:

|→“bucalcito” (o bien, una gauchita)→polvito cristiano (o bien, “un rapidito”)→“coito obrero” o jesuitico→bucal con una participación→básico (dos o tres posiciones)→bucal con libre participación→básico (con clavada, mirando a los ojos, etc.)→básico con ítems anteriores y hablado→completo (=anal)→“dulce camionero”→|

Desde un “bucalcito” (una fellatio rápida, expreso, por así decir), o aun, una gauchita (ella le hace el favor a él), en el extremo inferior, el continuo se extiende hasta un muy aceptable coito, que, a veces, las mujeres suelen denominar “dulce camionero”.

En la gradación creciente de nuestro esquema, y para puntualizar algunas etapas, ubicamos al “polvito cristiano” (ocasionalmente, sirve para calificar el grado de atracción sexual que ejerce una mujer: “Está para un polvito cristiano, no más”), al coito jesuítico (también llamado popularmente, a veces, coito obrero), combinaciones de sexo oral y vaginal (en los privados se denominan “bucal con una participación”), el “básico” (consiste en dos o tres posiciones, con poca participación afectiva, y también es un término utilizado por las mujeres para calificar a los hombres), y luego en nuestro esquema siguen distintos tipos de combinaciones, el básico con “clavada”, por ejemplo, o mirando a la mujer a los ojos, el básico hablado (que ya constituye un avance importante), el coito anal (y las más diversas combinaciones y juegos eróticos) (en los privados se lo llama “completo” y sirve nuevamente como calificación de las mujeres ofrecidas), y así llegamos al “dulce camionero”, una fantasía bien femenina, un ideal sexual.

Las últimas combinaciones y prácticas que hemos señalado difícilmente aparezcan en el cine porno. A grandes rasgos, se oponen a la gimnasia y el naturalismo propio del cine XXX.

Volvamos ahora a una de las preguntas iniciales, ¿cómo se evalúa la calidad de un coito? Si se aconseja, para saber sobre la categoría de un departamento, mirar el palier, y asimismo se dice que las estrellas deben observarse un poco de costado, al lado del lugar donde se hallan, si hay que mirar la grasa que rodea la carne antes de decidirse a adquirirla, resulta obvio que un coito no debe evaluarse por el desempeño técnico y la performance lograda. Las metonimias que hemos citado indican que hay que prestar atención al “entretiempo”, al antes y al después, al ejercicio de la pasión y la entrega en juego, al fluir entre uno y otro, a la cosa “tentacular”. En ese sentido preciso, el sexo tiene poco y nada de pornográfico.

Sexo y sorpresa. Formaciones del inconsciente. Veamos ahora otro aspecto que también escapa al triple XXX. Normalmente, las formaciones del inconsciente suelen remitirse a la sexualidad cuando se pretende interpretarlas. El lapsus, el acto fallido, los sueños, aparecen en términos de un efecto de sorpresa. Rompen el horizonte previsible, irrumpen y nos sorprenden. Esta capacidad que muestran tales formaciones en un primer análisis obedece al hecho de que la sexualidad escapa al universo del discurso. Real, como es, no puede situarse en un universo partido por una línea de ecuador. La sexualidad no es verdadera ni falsa. O mejor, siendo verdadera o falsa, lo que la califica mejor es su carácter disruptivo.

Dicho esto, el sexo corriente, la sexualidad que práctica la gente, encuentra en ciertos momentos la misma sorpresa que se da en las formaciones del inconsciente. La novedad y su sorpresa pueden aparecer tanto en una pareja ya consolidada y un poco aburrida, como en las circunstancias más variadas. Esto

podría explicar la irrupción de lo prohibido, o de cierta zona ligada imaginariamente al incesto, del touch, de la prostitución en sus formas más diversas, y de otras tantas prácticas.

Todo el mundo conoce, y la literatura –el romanticismo español, por ejemplo– ha abundado en ello, el efecto flechazo, el amor a primera vista, los arrebatos libidinales que pueden presentarse en la vida de las personas.

En cierta forma, pues, hay que reconocer que la sexualidad puede manifestarse como una formación del inconsciente. Y esto complica el esquema freudiano. En el caso que mencionamos, en todos esos casos, la sexualidad no se sitúa como la base, la infraestructura de otros fenómenos. Al contrario, ella misma es el fenómeno, el hecho que debe explicarse o interpretarse.

En la historia del psicoanálisis, otro ejemplo de esta cuestión se halla en los enamoramientos compulsivos (por regla general, homosexuales) que se han presentado como consecuencia de la técnica utilizada, y fueron relativamente frecuentes en la década del '50.

Una inversión tal de la perspectiva clásica del psicoanálisis nos pone sobre la pista de un tema que podría ser de primera importancia. Si situamos el sentido (el orden simbólico, en general; toda una serie de cuestiones que remiten al lenguaje pero que no se limitan a él) en el ciclo de la reproducción sexual, y si admitimos al mismo tiempo que lo que aprehendemos de la sexualidad tiene siempre conexión con la instancia fálica, es decir, con el sentido y la significación, entonces, efectivamente el esquema freudiano peligra un poco: depende de una estructura más amplia del que se muestra como una parcialización. Y esto aun conservando toda su eficacia y alcance explicativo.

Terror y relación sexual. Escrito. El porno es lacaniano: las múltiples relaciones –Ron Jeremy, famoso actor porno, en un reportaje, manifestaba haber mantenido relaciones con cerca de un millar de mujeres, y le parecía maravilloso que su entrevistador lo hubiera hecho durante muchos años con una sola mujer– muestran una y otra vez que no hay relación sexual. Pero, ¿qué ocurriría si la relación se inscribiera? Si bien es cierto que no mucha gente, y no tantos analistas, creen y sostienen la inexistencia de la relación sexual, supongamos por un momento que el enunciado de Lacan (una de sus dos tesis mayores) es correcto, cierto.

En el caso de que la relación sexual lograra escribirse nos hallaríamos frente a una escena descriptivamente sadiana y estructuralmente paranoica: un simulacro, si se quiere, de la pérdida de libertad que está en juego cuando el sujeto se halla siempre y continuamente representado. “Puedo gozar de tu cuerpo y saciar todo el conjunto de caprichos que me venga en gana, someterte a las más diversas exacciones...”. Tal el enunciado de Sade. Desde entonces, algo parecido a la posesión se instalaría. El terror, al estilo de la película *El exorcista*, sería el género que le corresponde a un tal modo de inscripción. Es que, en efecto, no habría inscripción sin cierta fusión, sin la participación activa de una parte del cuerpo de uno en el cuerpo del otro. La paranoia domina aquí la escena.

—Los tipos siguen adentro, aún cuando no estén ya adentro —podría decir ella; y él, mientras tanto, andaría en busca de su pene.

Por supuesto que el Yo de la señora sería muy lábil, poseída como está. Y que ambos quedarían sujetos al ataque de pánico, puesto que el cuerpo se encontraría cerrado, las zonas erógenas habrían desaparecido.

Las nuevas sexualidades. Menú sexual. Otra cuestión relativamente ajena al cine XXX atañe a las “nuevas sexualidades”. Si comparáramos la situación actual del mercado sexual con la Grecia antigua o el mundo romano, hallaríamos que el menú se ha ampliado, y que el porno ha quedado ligado sobre todo al mercado heterosexual. Para los romanos o los griegos, existían las prácticas heterosexuales que conocemos, quizá con algunos aditamentos menos (aunque esto no es del todo seguro), sin juguetes sexuales, y ciertas prácticas homosexuales (a las que muchos autores se han referido abundantemente). Las orgías romanas son asimismo muy conocidas. Y eso era todo. Por lo que sabemos, no había mucho más.

Hoy en día con el travestismo, el transexualismo, los *cross-dressers*, el menú se ha ampliado bastante. Un hombre, nacido hombre, puede operarse y devenir mujer. Y, luego, si lo desea, puede estar con mujeres. Reconozcamos que es raro y posible.

Ahora bien, la pregunta que debemos hacernos es si el forzamiento real, quirúrgico, de los cuerpos produce un goce mayor del que obtenían los precarios e ingenuos griegos y romanos. ¿Se gozará (o deseará) más y mejor con un pene implantado por el cirujano que con la vagina que la naturaleza había provisto a la señora? Es difícil imaginarlo.

El “progresismo” tiene esa característica: se progresá en efecto de un lado, pero se regresa por otro (en política, digámoslo al pasar, el problema es este mismo)¹. Debemos admitir, dicho esto, que medido con parámetros psicoanalíticos, la actual cuestión de género, la reivindicación de las posiciones clásicamente consideradas por la teoría analítica dentro de la perversión, son discursos ideológicos. Ni el deseo ni el goce pueden sostener esos enunciados. Y esto dicho sin apelar a nin-

guna cuestión de orden moral o social. Simplemente se trata de evaluar mínimamente si el goce resulta o no más concernido por estas prácticas. El discurso normativo, moral, social (en el peor de los sentidos), suele correr por cuenta de los defensores de esta nueva corriente, las “nuevas sexualidades”. Según dicen, no pueden vivir en un cuerpo que no tiene que ver con lo que sienten, con su identidad sexual. Por tanto, lo que dicen es que no toleran el goce que esto comporta. No admiten la violencia que el sexo imprime sobre sus cuerpos (siempre la misma y para todos, aclarémoslo).

Por otro lado, el carácter más o menos estereotipado de la sexualidad perversa es conocido. Sea por la repetición de la escena, sea por las condiciones muy fijas en las que el sujeto llega al orgasmo. La sexualidad “gay”, o las prácticas lesbianas, el fetichismo, y algunas otras opciones que no mencionaremos aquí, no son algo muy recomendable para alcanzar el goce, o tan solo un grado de placer alto, una idea, incluso, de lo que puede brindar una relación sexual bien ejecutada, armoniosa. El sexo en todas esas prácticas –al menos desde un punto de vista heterosexual– es pobre, y un poco aburrido. Toda la creatividad que podría conllevar el coito se ve agotada en el planteo. La tesis se hace idéntica al desarrollo.

Por último, ¿las nuevas sexualidades cuestionan la teoría psicoanalítica? Evidentemente, no. Cuando un transexual se opera para devenir mujer el referente es más fálico que nunca. De otra forma, y si la sexualidad ciertamente pasará ya por otro lado, ¿para qué se iba a tomar el trabajo de disponer así de su pequeña fortuna? Asimismo, cuando una chiquita de doce o trece años se calza los boxer de su hermano para salir a bailar, estamos en una metonimia fálica.

En rigor, el movimiento va en una dirección inversa al que se pretende. En lugar de cuestionar la relación del significante fálico y el lenguaje (el nudo gordiano del psicoanálisis), el sentido, las nuevas sexualidades –como en una partida de ajedrez donde con menos piezas en el tablero las jugadas son más predecibles, calculables–, instalan con mayor fuerza los hitos mayores de la teoría. Las nuevas sexualidades ponen en juego algo que concurre, es casi obvio decirlo, con la reducción del lenguaje (con el inglés elemental que empieza a poblar el mundo), y con la precariedad simbólica en la que vivimos.

Poetas versus odontólogos. La vagina y la Cosa. Sonoridad. Al efecto “ginecológico” u “odontológico” del *close-up* en el XXX, adjuntemos una referencia curiosa y poco citada de Lacan que se encuentra en el seminario XVI: “El enigma que representa a los ojos de algunos la sensibilidad de la pared vaginal (...) el carácter limítrofe del goce femenino (...) todos los enigmas (...) acuerdan con la topología que tratamos de aproximar aquí. (...) Algo aquí asemeja a la Cosa (...) Es por esto que le damos rasgos de mujer (...), es que la Cosa no es sexuada.”²

En este seminario, donde en muchos sectores está en juego la cuestión del pote agujereado y la resonancia, es decir, del cuerpo y la masa fónica, no podríamos dejar de notar que la mujer se halla abierta a la sonoridad.

Recordemos –entre miles y miles de descripciones de la relación sexual que podríamos citar de distintos textos– un coito descripto por Roberto Bolaño en 2066. El general recita una larga poesía a su amante, mientras la penetra con su ominosa y también larga verga. O las reflexiones de Casanova: una gran

parte del placer, en el acto sexual, transcurre en hablar. Asimismo, no nos parece azaroso que el *Ulises* de Joyce describa en sus páginas finales la masturbación de Molly Bloom. Es un libro hecho de una punta a otra con resonancias, trabajando la masa fónica, y no podría ser ajeno al goce femenino. (*Cf.*, Joyce, *le sinthome*, el breve y denso escrito que Lacan dedica a Joyce.)

La idea del orgasmo, y del placer y la excitación, en la mujer se complica así. En todo caso, habría que hablar de una suerte de caja clitorideovaginal, de una suerte de conexión, por dentro y por fuera, de clítoris y vagina. Pero esto no es todo. El goce sémico, y más aun fónico, coadyuva mucho en el asunto y se hace parte sustantiva.

Recordemos, por último, que el mismo tema también fue tratado por Lacan (siempre con mucha sobriedad y casi sin mencionarlo) en el seminario XIII, a propósito de la bella carnicera, el éxito de los hombres femeninos y el “*chanteur á voix*” (cf. lección del 15 de junio de 1966, inédita)³.

Fundamentemos rápidamente la cuestión de la resonancia corporal. Entre cuerpo y lenguaje se establece una relación de isomorfismo, incluso de homología. El significante en cuanto no puede significarse a sí mismo produce un exterior, un borde entre lo que le es interno y le es externo. Se trata, cuando se quiere ejemplificarlo, de la paradoja de Russell: el conjunto de los conjuntos que no se contienen a sí mismos. Correlativamente, el cuerpo en tanto se halla separado del goce funciona también como borde y se plantea a su respecto la cuestión de lo interno y lo externo. En el seminario XVI, *De un Otro al otro*, estos temas remiten al par ordenado y la extimidad, y resumen el desarrollo. “(...) Al solo plantear la cuestión de saber si S

está en A, al solo aislar el conjunto de los S, en tanto que S, a diferencia de A, no se contiene a sí mismo, resulta que no sabemos ya donde alojar este conjunto. Si está fuera, está dentro. Si está dentro, está afuera.”⁴ Y en relación con el cuerpo: “La base de un sujeto que está hecho saber en el campo del Otro, y su relación con algo que se produce como hueco en el nivel del cuerpo, tal es el primer esbozo de una estructura que hemos elaborado suficientemente”.⁵

La estructura se juega, pues, por un lado, entre el significante y el Otro, y, por otro, entre el cuerpo (verdadero lugar del Otro) y el goce.

Si identificamos ahora el -1 con el cuerpo y especialmente con la zona erógena, vemos que concurre lo que falta en el lenguaje y lo que falta en el cuerpo. Entonces, podemos intuir la imbricación del goce en los intervalos significantes. El muy lacaniano ejemplo del pote agujereado adquiere otra dimensión, y el goce femenino se nos presenta en cierta forma como paradigmático de todo este movimiento.

Masturbación en el coito. Punto de vista. No existe un cine porno que recorte los cuerpos en el transcurso de la relación sexual, a excepción de los *close-up* sobre la zona de contacto genital. El porno no recrea la visión que se tiene del partenaire y de uno mismo durante el coito, ni, y sobre todo, la visión que se tiene durante el abrazo sexual. No hay todavía –o lo hay limitadamente–, que sepamos, un POV (*point of view*) de lo que ocurre realmente con los participantes del acto sexual.

Se sabe la importancia que tienen para la mujer, y en el caso de elegir partenaire, el rostro y los ojos del hombre. El porte del caballero, su voz, su prestigio, se suman a esto, sin duda.

La fantasía, o la escena buscada, se despliegan en el que señor, encima de ella, la mire y le hable. Así, la dama se asegura que el caballero “está con ella”. No la están usando como un agujero, un mero receptáculo. La mujer, al parecer y todo lo indica, conoce aquella tan famosa frase de Freud: “Un agujero es un agujero”, aunque no la aplique a la esquizofrenia, si no a la masturbación encubierta durante el coito. Hay que admitir que la mujer conoce del casamiento del hombre y el Falo.

—“Háblame sucio” —podría decir, y para el caso sería lo mismo, ya que no tiene ninguna importancia lo que él le dice.

El caso contrario lleva a una idea de masturbación. Él no está allí, o solo la usa como referente (en el sentido teatral), mientras su imaginación vuela en pos de otra mujer, otras caricias.

Punto G, coito a tergo y Kamasutra. Literatura, bestseller. Hayan o no leído la copiosa literatura sobre el punto G y las muy diversas versiones del *Kamasutra*, las prostitutas suelen considerar que el coito a tergo –popularmente conocido como “piculina”– excita más que otras posiciones al hombre y lo hace eyacular rápidamente. Por esa razón, lo practican asiduamente, sobre todo porque buscan acelerar su trabajo. Pero otra razón que motiva esta práctica es que la mujer tiene más dificultades para llegar al orgasmo en una tal posición: la prostituta es una profesional, no trabaja por placer. La estimulación clitoridiana resulta menor que en otro tipo de penetración, y el famoso punto G resulta menos estimulado. Además, la prostituta (o la mujer) puede fácilmente desentenderse del cliente (del partenaire). No lo ve a los ojos, puede abstraerse de la situación, el contacto corporal es escaso. El cliente (el partenaire) no molesta demasiado.

Algunas mujeres sostienen que les resulta imposible llegar al orgasmo en un coito a tergo, “en cuatro”. Si bien este dato no podría generalizarse, resulta importante observarlo porque desmiente aquella escisión que Freud aceptaba – era y es muy popular–: existen dos grupos de mujeres, las clitoridianas y las vaginales⁶.

Touch, chat y prostitución. Mercado sexual. Si aun hiciera falta demostrar su existencia, el *touch* muestra que efectivamente existe un mercado sexual y que no es una metáfora hablar de él. Y esto por varias razones. En un plano psicológico, un *touch* ahorra desventuras, escenas venideras, reproches. Se pone a la altura de la actual ideología que circula sobre la sexualidad y la pareja. Alcanza el grado de libertad sexual del que cierto grupo social dispone. En un plano económico, el *touch* demuestra que hay una sobrereabundancia de oferta. En cierta forma, actualmente lo único difícil de obtener es cariño, amor. El sexo abunda.

Por otra parte y concomitantemente, el *chat* se liga a la prostitución. Cualquiera puede chatear con cualquiera, sin mayores límites. Y se halla aquí una de las principales características de la prostitución. Por supuesto, el anonimato es otra. Y también lo provee la Red. El término “puta de Internet”, al que nos hemos referido en otro texto de esta serie, no ha resultado como fruto de la casualidad. Se halla profundamente motivado. (Su equivalente del lado masculino son los “piratas”, “bucaneros”, “fateros”, etc. Pero quizás todos estos apodos no hacen más que ocultar la prostitución masculina.)

Analidad e histeria. Para una tesis sobre Balzac. Objeto (las

heces). La descripción clásica de la histeria remite a valores orales y fálicos. De ahí, por ejemplo, el tema del asco en la histeria, o la cuestión de “la boca de abajo” (o viceversa, “la vagina de arriba”). Es mucho menos conocido, y ha sido menos abordado por el psicoanálisis, el tema auditivo. Asimismo, señalemos al pasar la importancia del pene fecal en la depresión histérica. En efecto, la fecalización del pene –cualquiera sea la contingencia histórica que haya llevado a ella en la vida de una histérica– produce una perdida del Ideal. Pero aquí nos ocuparemos de otro aspecto del objeto anal en la histeria, ligado a la expulsión de la histérica de situaciones triangulares. Se recordarán al respecto los dos triángulos que propone Lacan en el seminario IV cuando relee el caso Dora (*La relation d'objet*, Seuil, París, 1994, pp. 140 sq.).

Padre---Dora---Sra. K
Sr. K----Sra. K---Dora

Sobre la base de la segunda estructura se produce el pasaje al acto que sigue a la famosa declaración del lago, por así llamarle: “¡Mi mujer no es nada para mí!”, y la caída de Dora, su expulsión del lugar fálico que ocupaba, más allá de la Sra. K. En esta situación, Dora, como muchas otras histéricas, se ve deyectada de la situación como una mierda, si se nos permite la expresión.

Ahora bien, ¿cómo se recompone la triangulación? Una de las posibilidades es que el sujeto histérico se identifique, en un segundo momento, con el objeto anal, con el resto. En tal caso, y siempre en el terreno de las suposiciones, la triangulación podría restituirse con dos hombres, el marido y el amante, y

puestos en planos diferentes: el objeto anal pasa así a ser causa. Ella, la histérica, identificada con el objeto anal, “caga” al marido, pero asimismo toma el lugar de la mujer del amante, a la que desplaza.

Se produce, pues, un nuevo y algo falso triángulo: una identificación con el objeto anal en la situación de “trampa”. Por otro lado, que estas mujeres se “regalen” y sean tan cuestionables en su conducta es lo que hace que las equivalencias simbólicas se encuentren perfectamente visibles.

En la clínica esta situación resulta relativamente frecuente, al punto de que uno se pregunta por qué razón una mujer con un matrimonio muy bueno, engaña al marido, sin motivos aparentes. Quizá solo para estar más allá de los hombres. Tal vez, únicamente para velar su ser. Tal vez lo que ocurre es que, fuera del circuito de intercambio simbólico, repiten en serie el pasaje al hombre. O quizás más simplemente porque debido a su propia ubicación respecto de la castración, puntualizar la equivalencia entre goce y *semblant*, las mujeres se hallan en una posición “naturalmente” engañosa, por no decir mentirosa.

Llegamos así a ciertas heroínas de Balzac, y a la tesis que Lacan enunciaba sobre el escritor francés: la mujer en la obra de Balzac es indefendible (puesta aparte Eugénie Grandet, decía el psicoanalista francés). (*Cf. Lettres de l'École freudienne de Paris*, nº 9, París, 1972, publicación interna de la EFP, esp. pp. 20-22.) Por otro lado, y retomando la idea que señalamos al pasar más arriba, lo que se fecaliza no es ya el pene, o el falo, sino la femineidad. La pregunta por el ser femenino, por la femineidad y su misterio, se resuelve en las heces.

La forclusión del amante. Inexistencia. Como si existiera una

suerte de código nunca explicitado, un aprendizaje oculto, iniciático, toda mujer bien enseñada y bien aprendida va a negar a morir que haya tenido o tenga un amante. Este hecho, según creo, no solamente obedece a que mujeres y hombres se manejan con códigos distintos, hablan lenguas diferentes, sino al hecho de que el amante, para la mujer, se halla muchas veces ligado al incesto. Y no solo entra a tallar entonces la prohibición, también nos encontramos frente a hechos relativamente forclusivos. No es solo que se niega al amante, este no existe. De allí entonces la convicción con que se lo niega.

Todo esto se halla relativamente corroborado por el HIV, que no cambió los pactos de pareja, y que demuestra en cierta forma la fuerza de la infidelidad.

Notas

¹. Es curioso notar otro lugar donde se progresá y regresa: las “adolescentes” abuelas que intervienen activamente en los buscadores sexuales de Internet.

² *D'un Autre à l'autre*, Jacques Lacan, Seuil, París, 2006, p. 230. Para una referencia en sentido inverso, y en lo que atañe al hombre, respecto de la cita que reproducimos en el texto: “*Que le –φ, c'est-à-dire l'organe, l'organe particulier dont je vous ai expliqué quelle est la contingence, je veux dire qu'il n'est nullement en lui-même nécessaire à l'accomplissement de la copulation sexuelle (...) L'organisme vivant fait ce qu'il peut de ce qui lui est donné d'organes et avec l'organe pénien, eh bien, on peut sans doute, mais on peut peu. En tout cas, il est tout à fait clair qu'il entre dans une certaine fonction, dans un rôle qui est un tout petit peu plus compliqué que celui de baiser; qui est ce que j'ai appelé l'autre jour, pour servir d'échantillon, pour faire l'accord entre la jouissance mâle et la jouissance femelle.*” Cf. versión AFI del seminario XIII, *L'objet de la psychanalyse*, lección del 15 de junio de 1966, inédito.

³. Lacan se expresa en esa lección del seminario XIII (cf. *id., ibid.*) en los siguientes términos: “*C'est dans cette perspective qu'il conviendrait, par*

exemple, de s'interroger sur l'extraordinaire efficace quant à la révélation sexuelle, car ça existe, cet extraordinaire efficace sur beaucoup de femmes pour ne pas dire la femme, ça existe la femme, ça existe là-bas au niveau de l'objet a. L'extraordinaire valeur donc, pour cette opération, de ce qu'on appelle des hommes féminins. Leur succès ne fait absolument aucun doute. On sait ça depuis toujours et puis ça se voit toujours. Qu'une femme qui a eu ce genre de mari, du type en or, taillé à la serpe, enfin le boucher de la belle bouchère, reencontré seulement un chanteur à voix et vous m'en direz des nouvelles.”

⁴ *D'un Autre..., op. cit.*, pp. 60-61.

⁵ *Ibid.*, p. 383.

⁶ Si Lacan habló de la misoginia de Eurípides que vuelve en Claudel, llamamos aquí la que vuelve en Freud.